

LÁGRIMAS NEGRAS DE BRIN

NICHOLAS AVEDON

Lágrimas negras de Brin

(c) 2018 Nicholas Avedon

<http://NicholasAvedon.com>

Primera edición, 11 de Abril de 2018

Todos los derechos reservados.

Prohibida cualquier distribución, copia o difusión no autorizada explícitamente por el autor.

Obra inscrita en el registro de la propiedad intelectual.

Corrección: Rosa A. Pérez Gisbert y Antonio Rivas.

Composición de la cubierta: Ariel de Santos (<http://arieldesantos.com>)

Fotografía de portada: Markus Spiske.

Mapa de Brin/Feras: Muriel Dal Bo.

ISBN: 9781980676317



Para S, la quinta fuerza de mi universo.

Gracias a Rosa y Antonio, mis correctores, y también a mis lectores cero Silvia, Jorge, Lily, Iciar, Mayte, Marta, Luis, Marcos, Alicia, Alexandre, Vex, JASC, Rafael, Raquel, Natalia, Carlos, Lázara, Lucía y Esther. Muchas gracias por vuestro tiempo, ánimos y correcciones, sin ellos este libro no sería lo que es.

Valerie, lo siento, pero me enamoré de tí cuando ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO UNO

Grimm

Tendría no más de cuatro años y su primer recuerdo era el rostro de su madre, una mujer joven y hermosa de pelo azabache, en una tarde plomiza bajo la lluvia. En la bruma de aquella memoria lejana, veía su cabeza clavada en una pica; tenía los ojos abiertos e inexpressivos, llenos de lágrimas negras que caían por su rostro en línea recta, goteando hacia el suelo.

Su madre fue una bruja, o eso decían de ella. Del orfanato de su infancia recordaba poco; solo el dolor, los gritos y los empujones. Aún podía escuchar en su cabeza el sonido de las piedras volando por el aire y el chasquido que hacían al golpear su cráneo. Nunca pudo olvidar el agudo crujir en sus oídos de los gritos de los otros niños cuando le pegaban, ni tampoco el daño lacerante de las mantas acartonadas que levantaban las costras de sus heridas. Durante su infancia, solo pensó en el dolor. Sin embargo, el color de la sangre, del cielo o de su propia piel era algo que no logró fijar en su memoria, ni tampoco los nombres de aquellos niños que se reían de él. No sentía odio ni miedo, y cuando el dolor lo cegaba y todo se volvía negro, regresaba a él la imagen de su madre, como el recuerdo de lo que él era: el hijo de una bruja.

Cuando aún era un niño entró en su vida el primer adulto que le enseñaría lo más importante que aprendió jamás. Su primer mentor: Darío, un hombre enjuto y calvo que ya había sobrepasado la madurez. Caminaba despacio, como si le doliera algo o tuviera una pierna más larga que la otra. Cuando llegó al orfanato, todos los niños callaron y miraron al suelo. Él no supo por qué. Aquel hombre los observó de cerca, uno por uno, levantándoles la barbilla y examinándolos tan de cerca que podían aspirar el rancio aliento del viejo. Repitió el ritual con cada uno de los niños, hasta que llegó al más mayor de todos. Grimm no recordaba su nombre; era el niño que disponía de los demás, el más alto, el más fuerte y el más brutal de todos ellos. Disfrutaba haciendo sufrir a Grimm. Pero el anciano también lo ignoró.

Llegó el turno de Grimm, y no bajó la vista cuando aquel hombre

se puso delante. Grimm, casi tan alto como él, lo miró desafiante. Darío no se inmutó; le agarró la cara y, sin miramientos, le ladeó la cabeza y examinó ambos oídos del muchacho. Sonrió con satisfacción, pero cuando Grimm creyó que ya había terminado, el desconocido clavó su mirada en él. No sintió miedo de aquel hombre, pero bajó la vista igual que habían hecho los otros niños. Esta vez, el viejo no tomó su barbilla, aunque Grimm sabía que estaba pegado a él porque podía verle los pies y sentir el olor pestilente de su respiración. El extraño aguardó unos instantes hasta que, finalmente, habló con una voz sorprendentemente joven:

—¿Es que no me tienes miedo, muchacho? —preguntó.

—No —respondió Grimm.

—Eso está bien —respondió, sacando un pequeño puñal del bolsillo.

Grimm miró inquieto a su alrededor, sabiendo que no podría impedir que aquel hombre hiciera lo que quisiera con él. Acostumbrado ya a que cualquiera dispusiera a su antojo de su vida. Cerró los ojos y esperó el pinchazo.

Sintió como se le clavaba la punta del cuchillo en las costillas, y el raspón del metal contra el hueso. Sin decir palabra, la mano que manejaba el puñal lo retorció lentamente. Grimm podía sentir el calor pegajoso que emanaba del cuerpo del viejo. Se mordió los labios para no gritar de dolor y notó que, de nuevo, perdía la visión en aquella niebla negra espesa que le impedía oír, ver o sentir otra cosa que no fuera dolor. Pasó un rato y se encontró en la misma postura, tiritando y con un hilillo de sangre que manchaba los andrajos que llevaba como camisa. La vista volvió a él y pudo distinguir brevemente al director del orfanato contando monedas de oro de una pequeña bolsa. Los niños ya no estaban, y su nuevo maestro sonreía, regocijándose por el buen trato que había hecho. Grimm notó caliente la pierna, empapada de sangre.

Su nuevo amo lo llevó en un carro tirado por bueyes en lo que resultó un viaje largo, el más largo que había hecho en su corta vida, pero no pudo ver nada porque durante todo el trayecto estuvo tapado con una manta y atado de pies y manos. No pensó ni en gritar, pues no se le ocurrió que podría pedir ayuda. Aún no sabía lo que significaba esa palabra.

Cuando llegó a su nuevo hogar, el viejo no le explicó nada. Lo

desató, y Grimm pudo ver fugazmente un patio entre edificios altos de piedra. El viejo lo dejó en el borde de un pozo. Con una sola orden, seca, le pidió que bajara.

Se asomó y vio un gran agujero en la roca, con el fondo lleno de agua, que se ensanchaba hacia un lado, donde pudo entrever lo que parecía una pequeña gruta al resguardo del agua de un poco más abajo. Sin avisar, el amo lo empujó de una patada, y Grimm cayó varios metros hasta el agua. No sabía nadar, pero su sangre fría le sirvió para agarrarse al borde y salir tiritando de frío. Se hizo una pelota y, encogido, aguardó a que el sueño lo venciera. Así durmió, acurrucado en su nueva casa.

CAPÍTULO DOS

Maese Dario

El inicio de su adolescencia transcurrió en la oscuridad y el frío húmedo del pozo. Vivía allí dentro y solo salía de noche, subiendo por una escala de cuerda que le tiraba su amo. Hablaba poco, y siempre que lo hacía sonaba seco y áspero. Comía una vez al día, siempre por la noche. Desde el pozo no podía ver nada, ya que desde el rellano que estaba fuera del alcance del agua apenas abarcaba un trozo de cielo y algunas estrellas. No obstante, encerrado en aquellas paredes húmedas y oscuras, vivía algo mejor que en el orfanato donde era el blanco de los ataques de sus compañeros. No lo echó de menos, y como no conocía otra vida, se limitó a dejar pasar los días sin pensar en nada más.

Por las noches, la luz de la luna se reflejaba durante unas pocas horas en el agua. De día, el sol tardaba otras tantas en entrar en el pozo, hasta que al mediodía lo llenaba de luz; era el único momento en que podía examinar aquel lugar. Tenía el espacio justo para tumbarse, aunque la mayor parte del tiempo estaba sentado, apoyado contra la pared mientras observaba el agua. A veces, aburrido, dejaba los pies dentro del agua, preguntándose cómo de profundo sería el pozo. Cuando se asomaba, solo veía negrura en tonos verdes.

El hueco de piedra donde vivía confinado estaba cubierto de musgo seco, con algunas hebras ya viejas de paja. Sobre ellas estaba extendida una manta que olía a moho y sobre la cual dormía. Sus otras posesiones se limitaban a un vaso de cobre, abollado y demasiado pequeño para acallar de un solo trago la sed, y un cubo donde satisfacía sus necesidades. Su amo se lo dejó claro el primer día: «Harás tus necesidades en el cubo y lo subirás contigo cada noche por la escala». Así lo había hecho desde entonces.

El tiempo transcurría despacio, y lo único que tenía a mano para entretenerse se limitaba al agua y las marcas de las paredes. Rayajos, inscripciones con forma de escritura. En el colegio le enseñaron a leer, pero no supo interpretar los símbolos que poblaban las paredes. Sin embargo, comprendió que alguien antes que él había vivido en

ese lugar. Por el aspecto de las marcas, diferentes personas a lo largo del tiempo habían pasado por aquel encierro. Algunas piedras estaban redondeadas y gastadas por el roce de innumerables cuerpos tibios como el suyo.

El viejo lo tuvo tres días en el pozo. Después la rutina fue siempre la misma: cada noche le tiraba una escala y le ordenaba que subiera con el cubo. Al quinto día ya se sabía de memoria el número de escalones que necesitaba para salir de aquel pozo: dieciocho. Las primeras dos semanas fueron iguales: el viejo le daba de comer un plato de gachas con carne y lo observaba, sin preguntar nada. Grimm no sabía qué esperaba aquel hombre de él, y se limitó a comer y mirar a su alrededor. El lugar parecía un almacén lleno de trastos, algunos viejos, otros incluso hermosos. Lo que más le llamó la atención fue una enorme arpa dorada. También vio esculturas y cuadros de tonos apagados; en una estantería, colgadas con cuidado, una panoplia heterogénea: espadas, puñales, dagas, estiletes e incluso un par de arcos. Cerca de las armas creyó ver armaduras, o al menos parte de ellas: petos, polainas, brazaes y un par de yelmos. También vio calzado, ropa de todo tipo y muchos libros. Aunque algunos objetos estaban cubiertos de polvo, otros parecían nuevos, o por lo menos recién llegados. La estancia parecía muy grande, y además de la puerta que había empleado para entrar, había algo más allá de unas tupidas cortinas. Lo supo porque una luz diferente se filtraba desde allí, más dorada y clara que la que venía del angosto patio rodeado de edificios.

Cada noche, después de cenar, su amo le mostraba imágenes de un libro, ilustraciones en color de diferentes escenas: una mujer desnuda, un hombre atravesando a otro de lado a lado con una lanza, un caballo corriendo al galope, con las crines al viento..., y como esas, un sinfín de imágenes. Grimm no sabía si debía hablar o no, así que se limitaba a dejar que el hombre pasara las hojas. Su nuevo maestro no tenía prisa y tampoco abría la boca, tan solo observaba la reacción de Grimm.

El viejo tenía paciencia y muchos libros. Más de veinte, llenos de ilustraciones que, pacientemente, pasaba hoja a hoja mientras se concentraba en observar las reacciones de Grimm. A la decimotercera noche, ya no quedaban más libros. El rostro del amo no podía expresar más satisfacción. Sus ojos brillaban, febriles. Sin dar expli-

caciones, ató al chico a la pesada silla. A pesar de la edad de las cuerdas, seguían siendo sólidas. Grimm no se fijó en el oscuro color de la soga. Ni tampoco en las manchas de sangre seca sobre la vieja silla. Cuando Grimm estuvo atado, el viejo miró a su alrededor. Se levantó y, con un ataque de furia, dio un par de zancadas hasta la ventana, que estaba entreabierta. La cerró y la tapó con una gruesa cortina, que al moverse dejó durante unos segundos un brillo oscilante a su alrededor.

Aquella fue la primera vez que Grimm vio un objeto con magia viva, pero no supo de qué se trataba. El viejo volvió, ansioso, y se sentó al lado de Grimm. Sacó de un cajón de la mesa algo envuelto en una tela negra aterciopelada. Lo puso sobre el mueble y desplegó la tela con sumo cuidado. Dentro, perfectamente ordenadas, dispuso varias herramientas de brillante metal sobre el trapo negro. Parecían cuchillos, sacacorchos, alicates y otros útiles cortantes y punzantes. Tomó el objeto más sencillo de todos, una navaja de afeitar. La empuñadura de madera estaba muy gastada, y el metal había sido afilado muchas veces. La contempló abstraído y luego miró a Grimm, que imaginaba su suerte sin inmutarse. El viejo, que había callado hasta ese momento, empezó a murmurar unas palabras que Grimm no entendió: «*Mhaighistir thoir dhomh do bhiag nì mi beatha*». Como un mantra, empezó a repetir aquellas palabras una y otra vez. Tomó la navaja, y sin decir más, cortó a Grimm con un tajo superficial en el antebrazo. Grimm apretó los dientes.

El viejo pronto hizo otro tajo paralelo al anterior, y otro, y luego otro. Hasta que después de repetir la operación al menos una docena de veces, Grimm gritó de dolor. El viejo amo no hizo caso de sus llantos y repitió la misma frase una y otra vez, como una letanía: «*Mhaighistir thoir dhomh do bhiag nì mi beatha*». Por sus padecimientos anteriores, Grimm creyó que perdería el conocimiento, pero esta vez permaneció lúcido y experimentó un dolor atroz que casi no le permitía respirar. Aquel dolor era tan extremo que ignoró todo lo demás. Todo aquella agonía, toda aquella sangre, fue lo único con sentido para él. Vio una neblina negra flotando a su alrededor, una neblina que poco a poco inundó la estancia y lo cegó por completo. Su visión se nubló hasta fundirse en el negro absoluto. Aún así, tuvo que pasar mucho tiempo para los gritos dejaran de salir de su garganta, sus muñecas desolladas cesaran su resistencia, y que sintiera,

por fin, que su cuerpo se rendía.

Con Grimm desmayado en la silla, el viejo terminó su invocación. Murmuró otras palabras en el mismo idioma desconocido y sobre la mesa se materializaron unos pequeños frascos de cristal llenos de bruma negra. Seis frascos en total. Exhausto, el viejo cogió uno de ellos y sonrió, consciente del tesoro que había descubierto. Se volvió hacia Grimm. Ya no respiraba y su cuerpo tenía heridas, cortes rectos, paralelos, en brazos y antebrazos. Yacía inmóvil en la silla, a cuyos pies ya se había formado un charco de sangre que se filtraba a través del viejo empedrado del suelo. Un reguero de lágrimas negras había dejado su paso en el rostro, y sus ojos, abiertos e inexpressivos, eran negros, brillantes y húmedos.

El viejo murmuró otras palabras: «*Cruithachaidh, a 'cleachdadh mo bheatha a leigheas an t-anam*». Puso sus manos sobre el chico y este tembló unos instantes. Al cabo de unos segundos, sus heridas se cerraron, lo justo para que dejara de brotar sangre de ellas, pero dejando unas feas cicatrices. Grimm se removió en la silla, aún inconsciente. El viejo lo dejó atado y guardó su instrumental con mimo. Antes lo limpió y afiló despacio, sin dejar de mirar con ojos golosos aquellos seis frascos llenos de humo negro. Cuando terminó, recogió cada uno de los botes y los guardó con exquisito cuidado en un cesto pequeño. Se llevó el cesto con él, tras una cortina. Grimm pasó la noche sumido en un sueño donde todo estaba teñido de negro excepto una voz, que parecía la de su madre. No entendía lo que decía, pero sonaba triste en su cabeza.

CAPÍTULO TRES

Pian

Pian fue la primera palabra que aprendió del maestro. La repetía en la mayoría de sus letanías. De alguna forma que no alcanzaba a comprender, llegó a su mente su significado: dolor.

El viejo maestro lo torturaba una vez a la semana. Daba tiempo a que su cuerpo se recuperase, y cada sábado lo sacaba del pozo y lo ataba a una silla. El resto de la semana, Grimm recibía su comida puntualmente cada noche a la misma hora. No le dirigía la palabra ni lo miraba a la cara más allá de lo imprescindible. Para extrañeza de Grimm, la semana se le hacía agradable. No sentía dolor, ni hambre, ni frío. Durante una semana entera estaba aislado del mundo, casi hasta de la luz. Prefería aquello a su pasado en el orfanato. Aunque el dolor fuera mucho más intenso, más concentrado, no estaba a expensas de cualquiera que le quisiera pegar. El viejo satisfacía sus necesidades y no le faltaba una manta por las noches. A la tercera semana empezó a acostumbrarse a la resaca de dolor de los dos primeros días después de cada sesión y al plácido aburrimiento que sufría el resto del tiempo. Procuraba no moverse demasiado para que no se le abrieran las heridas, que curaban muy rápido.

El viejo utilizaba casi siempre la vieja navaja de afeitar. A veces probaba otros instrumentos, pero no causaban más dolor en el chico. Eran herramientas que provocaban más inquietud que dolor: largos escalpelos con formas helicoidales, extraños pinchos con forma de insecto. Otras herramientas, como tenazas o agujas para debajo de las uñas, eran capaces de provocar daños permanentes. El viejo las había usado a lo largo de los años con otras personas como Grimm, pero sabía que provocar daños superficiales funcionaba mejor para lograr que su víctima aguantara mucho tiempo procurándole la esencia de aquel dolor, esa niebla negra que atesoraba en pequeños frascos de cristal. Había perfeccionado hasta el extremo aquel arte de provocar dolor sin secuelas permanentes. Echaba sal en las heridas y cortaba solo en aquellas zonas donde el dolor resultara más fuerte e intenso: rodillas, tobillos, empeine de los pies, zona lumbar, muñecas y manos o allí donde la piel y el hueso se tocaban.

Como Grimm estaba muy delgado, el dolor fluía rápido de todo su cuerpo, incluyendo rostro, cuello y orejas. El viejo le echaba sal en las heridas. Luego las limpiaba con agua para que no se cerraran y volvía a echar sal. Aunque el chico perdía mucha sangre en cada sesión, nunca fue la suficiente para matarlo. Al principio pensó que moriría si gritaba y se resistía. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero eso no hacía más que agradar al viejo, que disfrutaba cuando finalmente se rompía y gemía, incapaz de soportar el dolor, hasta quedar inconsciente.

Pasaban las semanas y Grimm soportaba hasta el desmayo aquellas torturas. Gritaba hasta quedarse afónico, pero para su extrañeza, el resto de días flotaba en una nube neutra, sin dolor, sin tener que preocuparse de nada. Dormía cuanto quería, comía, bebía agua fresca y, por las noches, pasaba las horas contemplando las estrellas, sacando la cabeza hasta el borde la plataforma que colindaba con el agua del pozo. Una pregunta le rondaba la cabeza constantemente: ¿morir sería doloroso? Ya en el orfanato se hacía esa pregunta casi todas las noches. Para él, la vida solo significaba dolor y soledad, y aunque la soledad fuera parte de su persona, no lo molestaba. Pero sabía que podía haber sido de otra manera. Sabía que, para otras personas, la vida debía de ser algo diferente, pero Grimm no conocía el significado de la palabra *placer*, ni menos aún cómo pronunciar la palabra *felicidad*.

Las estaciones se sucedieron, y poco a poco, el cuerpo de Grimm se llenó de cicatrices, hasta el punto de que no quedó apenas un centímetro de su piel sin rastro de ellas. El viejo le rapó la cabeza para trabajar también en su cuero cabelludo, sus orejas y su rostro. Exploró todas las formas posibles de proporcionar dolor a su cuerpo. Las torturas lo transportaron al borde de la muerte y, a veces, incluso traspasaron ese límite. Pero el maestro siempre sabía traerlo de vuelta; curaba sus heridas justo hasta el punto de que no resultaran fatales, mejorando su recuperación para que estuviera listo a la semana siguiente. Como un preso condenado a la pena de muerte, Grimm vivía en su pequeña celda, apartado del mundo, del tiempo. Procuraba no pensar, no sentir. Los sueños, las pocas veces que los recordaba, eran su mayor fuente de tormento. Soñaba con campos verdes, con el viento sobre la piel y con el olor a jabón de la ropa limpia, tendida en una cuerda entre dos árboles. Soñaba sensa-

ciones que no había experimentado jamás, como el tacto de un animal que le lamía la mano y lo miraba alegre. Se atormentaba y se convencía a sí mismo de que aquel perro había sido propiedad de su madre, aunque no lo recordaba, pero que en sueños volvía a él. Aunque no sabía lo que significaba la alegría o la felicidad, aquellas imágenes eran los únicos recuerdos que se le parecían, y aun así, se desvanecían a los pocos minutos de despertar. Se levantaba con la cara húmeda y salada por las lágrimas, con un vacío en su interior que lo alteraba y que no podía identificar. Por eso, cada vez que volvía a soñar con aquel perro, se atormentaba sabiendo que perdería aquella sensación, como si intentara atrapar las gotas de lluvia con las manos.

Pasaron varios años sin que Grimm advirtiera que después del verano comenzaba el otoño y que, un tiempo después, llegaba el invierno. Ajeno a todo, su cuerpo, rajado y curado más de mil veces, creció y se hizo fuerte. Al margen de las heridas de su carne, sus huesos eran recios y sanos, y los cuidados de su amo para preservarle la salud surtían efecto. Para pasar las horas muertas intentaba escalar las paredes de su prisión, agarrándose con los dedos de las manos y los pies a las piedras, cayendo una y otra vez al interior. También intentó bucear hasta el fondo, y aunque había aprendido a aguantar sumergido durante minutos, nunca pudo llegar al final del pozo. En la oscuridad absoluta percibió otras corrientes subterráneas, que intuía que debían de venir de otras cuevas conectadas con la suya, pero no tuvo el valor suficiente para adentrarse en ellas en la total oscuridad. Su cuerpo se hizo fuerte y flexible, y su resistencia al dolor fue aumentando día a día, hasta el punto de que el viejo tenía que emplearse cada vez con más saña.

Era un niño la primera vez que conoció a maese Darío, pero años después había crecido varios palmos, tanto que ya casi no cabía en su pequeño habitáculo. Su cuerpo fibroso, herido y pálido se había desarrollado como el de un adolescente que no ha visto la luz del sol. Su piel, de un rosa claro, estaba jalonada por cicatrices de todos los tipos y formas. Su mente, sin embargo, seguía siendo la de un niño atrapado en un pozo. Solo las estrellas variaban con cada estación, y Grimm había reducido a un rincón de su mente los sueños que lo atormentaban de tanto en tanto.

CAPÍTULO CUATRO

Data sapper

Odiaba el transporte subterráneo. Con toda su alma. Igual que el resto de pasajeros. Por eso evitaban mirarse a la cara unos a otros, recordatorio de lo desagradable que era el mundo, apretados en una masa informe. Prisioneros de los olores ajenos, de los ruidos. Se preguntaba cómo lo podrían soportar aquellos sin implante neural, sin una segunda realidad que suavizara lo que sus ojos veían, mitigando el nauseabundo olor a ser humano. Encerrada en su retícula, todavía quedaban decenas de paradas hasta llegar a la suya.

Como data sapper debería estar acostumbrada a la mierda de todo tipo, que siempre tenía un componente humano. Por eso mismo necesitaba que en su vida personal hubiera reglas claras: la mierda se quedaba fuera. Pero resultaba imposible que la realidad no violara su intimidad a través de sus fosas nasales o forzando su inteligencia, asediada por continuas ofertas comerciales que interferían en su córtex visual a través del neuroimplante que le permitía ganarse la vida.

Al margen de ese implante, nada tecnológico mancillaba su cuerpo. Estaba orgullosa de ello. A pesar de los años, seguía tal como su madre la había traído al mundo. Sin tatuajes, sin *nanos* corriendo debajo de su piel, ni tan siquiera arreglos genéticos. Tenía un ADN imperfecto, pero no tenía enfermedades congénitas. Sus abuelos ya se habían preocupado de ello. Hasta sus dientes eran los originales.

A su tercer marido nunca le gustó, aunque pocas veces se lo dijo de forma directa; no tenía valor para hacerlo. Pese a ello, no cedió, y su cuerpo, en aquella época, bien entrado en los cuarenta, sometido a una dieta sana y ejercicio constante, no sufrió más cambio que el de la gravedad. Estaba orgullosa de su físico, diferente de cualquier otro cuerpo de catálogo.

Después de tres matrimonios fallidos había decidido que no seguiría buscando la aprobación de nadie. De aquello habían pasado siete años y todavía se despertaba por las noches con la sensación de un olor que ya no estaba en la almohada, y a veces, al meterse en la

cama, tenía la sensación de que iba a encontrarse una pierna o un brazo tibio bajo las sábanas. Otras veces escuchaba un rumor inexistente en el cuarto de baño. Sus amigas llevaban años tomando trunk para pasar de puntillas sobre los agujeros de sus vidas, pero ella sabía que todo tenía un precio y que por encima de todo no quería cometer los mismos errores; si los minimizaba o camuflaba, volvería a caer de nuevo. Necesitaba no olvidar.

Extinguió el último anuncio que se colaba siempre con el mismo olor desagradable a curry. Desconectó la mejora de realidad y se preparó para una oleada de mundo directa a través de sus sentidos orgánicos. Eso sí, no desconectó la música que fluía directamente de su pod a su cerebro a través del implante. Sonrió al pensar en que la música que estaba escuchando se había grabado mucho antes de que su tatarabuela naciera. Y a pesar de ello, el grupo de quinceañeras que recorría su nervio auditivo era lo más cercano que tenía a su estado de ánimo. «¡Oh, oh, ohoh!», cantaba en su interior, esquivando los cuerpos de los demás viajeros. «¡Oh, oh, dancing with myself, oh, oh!», repetía en su interior, sonriendo sin querer y meneando las caderas de forma imperceptible.

«¿Otra vez se ha puesto de moda ese maquillaje negro alrededor de los ojos?», pensó. Entre lo siniestro y lo brutal, con los ojos inyectados en sangre y el pelo aplastado sobre el cráneo, la chica que tenía enfrente daba miedo, aunque sonreía con inocencia infantil al notarse observada. Bajó la vista al suelo de nuevo y siguió esperando a llegar a su parada. «Pese a todo, todavía hay seres humanos dentro de los monstruos en que nos hemos convertido», pensó. Lo sabía bien.

Cuando salió del vagón, todavía seguía desorientada por el cambio al desconectar la realidad mejorada a través de su neuroimplante. Estaba acostumbrada a la transición, pero era imposible evitar que el cerebro tardara en sincronizarse tras el cambio. Su mente todavía intentaba compensar la pérdida de referencia. Cientos de hologramas flotaban sobre el andén como un enjambre de estímulos visuales de todas las formas y los colores. Tan solo el suelo, gris y ajado de heridas en el cemento, permanecía como recordatorio de que aquel seguía siendo el viejo mundo real. La ciudad subterránea de Montreal no había cambiado demasiado en más de cien años, y nada parecía presagiar que fuera a cambiar.

Nuevos anunciantes, mejor iluminación y más gente aún en sus ya repletos corredores. Nada nuevo. Subió al nivel superior y lo que sintió fue aún peor. Estaba atestado de compradores saliendo de las tiendas.

Un gato biónico le rozó la pantorrilla izquierda. Se suponía que nunca lo hacían, que su instinto había sido suprimido, que solo eran plataformas biológicas para portar cámaras y sensores. Pero a veces pasaba: el viejo ADN, siglos de frotamiento y ronroneo se abrían paso desde la carne, entre los cables y las interfases. Sus ojos mantenían la pupila vertical, y su pelo, el aspecto suave y esponjoso de un felino. Pelo sintético conformado por cientos de sensores, y holocámaras que no necesitaban parpadear, aunque lo hicieran de vez en cuando, concediendo al animal un poco de honestidad.

Podrían estar observándola, pensó. Deberían estar haciéndolo. Porque era quien era y hacía lo que hacía. Entró en la tienda y sonrió al androide recepcionista que la atendió. Odiaba a los androides más que nada en el mundo.

—Buenos días, ciudadana... —El androide esperó inútilmente a leer alguna identificación pública, pero no recibió ninguna, así que siguió hablando—. Hoy tenemos fruta de la reserva de Nunavut. ¿Desea ver el catálogo?

—No, gracias —replicó; lo esquivó y entró en la tienda.

Rodeó las mesas, observando y, sobre todo, olfateando. Disfrutaba los colores de aquel templo a los sentidos. Buscó con la mirada el lugar adecuado y caminó hacia él.

Alargó la mano hacia una de las cajitas que contenían aquel lujo. La acercó a sus fosas nasales y la boca se le hizo agua. Una fresa recién cosechada, orgánica y, quizás, hasta con algo de tierra oscura adherida. Se fijó bien en la fecha de recogida: 15 abril de 2206.

Pagó con gusto aquel excéntrico lujo y lo guardó con cuidado en su bolso. Volvió a bajar al nivel inferior y esperó a tomar otro transporte a su casa, por fin. Como casi todos los habitantes de aquella urbe, de día se sentía más cómoda en su casa que en los atestados callejones subterráneos. De noche, la situación a veces cambiaba.

Cuando llegó a su diminuto apartamento, se quitó los zapatos y dejó el bolso en la mesa de cristal. Sacó la cajita y dejó la fresa con

cuidado en la encimera de la cocina, en un plato limpio. Tomó la caja y le dio la vuelta hasta que encontró el diminuto código que identificaba la fecha de recogida y otros datos biológicos de la fresa. Lo leyó con su pod y buscó uno de los códigos hexadecimales que identificaban el lote. Lo apuntó con un lápiz en un papel, y lo tapó con la otra mano. Luego arrugó el papel y lo guardó en el bolsillo de los pantalones. Apagó las luces, dejando únicamente encendida una tenue lámpara encima del sofá, y se tumbó encima.

Activó la interfaz neural con su holoconsola, y con los dedos manipuló en el aire algo que solo su cerebro podía ver. Se aseguró de que la interfaz estaba aislada e introdujo el código mentalmente tras una lectura a hurtadillas del papel arrugado que había vuelto a sacar. Cuando el código funcionó, hizo una bolita con el papel y se la tragó. La consola tardó varios segundos en descifrar el mensaje y todo su contenido. Cuando lo abrió y leyó los detalles, sonrió. Aquel era un encargo que tocaba algo familiar y conocido. Sería mucho más fácil así. Hizo unas consultas para averiguar quién estaba detrás del encargo. No fue nada difícil para alguien con sus contactos y su experiencia: Damyo, una de las cinco grandes corporaciones que dominaban el planeta. Pagaban bien y jamás jugaban con las condiciones de rescisión del contrato. Si algo había llevado a las grandes metacorporaciones a donde estaban era su escrupulosidad a la hora de respetar los tratos comerciales. Aunque fueran a través de terceros.

Al hacer un gesto, los datos se derritieron delante de su pupila, desapareciendo de su cerebro a la vez que se sobrescribía la memoria de su consola. Si el resultado de su investigación diera fruto, demostrando la veracidad de aquella información, sería una bomba. Solo tendría que confirmar a la subsidiaria de Damyo que aceptaba el encargo. En su propio cerebro estaba lo único que necesitaba conocer para empezar su trabajo. Y sabía dónde encontrarlo. Firmó digitalmente con su nombre: Andelain Dauvin. Oficialmente, el trabajo ya era suyo.

CAPÍTULO CINCO

Alanna

Grimm no sabía exactamente qué día tocaba su martirio, pero había contado la sucesión de noches y días y estaba seguro de que ocurría cada siete vigilias. Usando varias piedras pequeñas y colocándolas de diferente manera, contaba las fases de la luna y los días de la semana, aunque tardó años en pensar en hacerlo, de forma que nunca supo con exactitud el tiempo total que llevaba en el pozo; sin embargo, conocía muy bien el día preciso en que su amo tiraba la escala y lo subía para torturarlo hasta el borde de la muerte.

Sin embargo, aquel día, el viejo faltó a la cita, y eso lo inquietó. En su vida solo existía la certeza de la inminente tortura. Si su amo no volvía a por él, moriría de hambre, solo y abandonado en el pozo. Los primeros años había intentado todo para salir de él, pero las paredes de piedra estaban lisas y húmedas y nunca pudo escalar los muchos metros que lo separaban de la superficie. Aunque lo intentó durante meses y eso contribuyó a fortalecer su delgado cuerpo adolescente.

Esperó.

Pasaron días hasta que el viejo amo volvió a dar señales de vida. Lo despertó su voz desde lo alto del pozo. Pocas veces la había oído, y tan solo para darle órdenes secas.

—Chico, ¿estás bien? —preguntó el viejo.

—Sí —contestó Grimm.

Su propia voz sonaba extraña. Rara vez hablaba; de pequeño lo hacía consigo mismo y los niños se burlaban de él y lo llamaban loco. Al principio de su encierro en el pozo lo hacía sin poder evitarlo, pero con el tiempo, su conversación dejó de tener sentido, ya que no había posibles respuestas, ni nuevas preguntas. Se limitó a escuchar el sonido del viento entrando en el pozo y los pocos murmullos de la ciudad que se colaban bajo la tierra. El olor del pan lo despertaba por las mañanas. Cuando el viejo lo sacaba del pozo, su vista tardaba en acostumbrarse a la luz, y sus sentidos se sobrecargaban: ladridos, olor a excrementos de caballo, la luz de las lámparas de aceite, las velas en la mesa del maestro Darío...

No siempre encontraba lo mismo y aquel era el único momento en el que Grimm podía observar algo diferente, así que memorizaba todo lo que veía y lo diseccionaba mentalmente durante el resto de la semana en su prisión subterránea. Así averiguó cómo su maestro disponía de aquellas botellitas vacías de cristal, que clasificaba en un viejo aparador de madera oscurecida por el paso del tiempo. Casi todas las botellas contenían niebla negra, aunque también existían algunas con un líquido brumoso de otros colores: ámbar, rojo y verde. Las pequeñas botellas negras de cristal eran todas iguales, el mismo tipo de frasco, mientras que las de otros colores eran más pequeñas y de formas más bonitas. En la gran habitación del viejo, la única que conocía Grimm, había una estantería con varios libros de gruesos tomos. Apenas recordaba cómo se leía. Pero las horas muertas obraban milagros. Una y otra vez repasaba los títulos de aquellos libros en su memoria. Para él no significaban nada, pero no olvidaba aquellas palabras: *Sortilegios de poder*, *Conjuros de retención*, *Poderes del dolor*, *Transferencia de poder*. Había más, pero en caracteres ilegibles para él, otros idiomas.

Había muchos otros objetos en la habitación, pero cada vez que subía a la sala cambiaban de lugar; algunos desaparecían y otros nuevos los reemplazaban. Lo único familiar que permanecía en el mismo sitio eran las cortinas brillantes, el aparador lleno de frasquitos de color, la estantería con los libros y la gran mesa de madera llena de trastos. Aquellos objetos también se apilaban en el suelo, en cajas, cestas y todo tipo de contenedores. Los de gran tamaño estaban colocados en el suelo, unos encima de otros. Grimm nunca tuvo un favorito, porque al cabo del tiempo todos desaparecían. Podían tardar semanas o meses, pero siempre cambiaban de lugar.

Por eso, cuando entró en la sala, supo que algo estaba pasando. El viejo nunca lo sacó del pozo a plena luz del día. Subió con algo de miedo. Muchas veces se había preguntado cómo sería su último momento. El día que el viejo decidiera terminar con él. Porque sabía que aquel día llegaría tarde o temprano, había dedicado años a pensar sobre ello. Aquella cárcel subterránea estaba hecha para un niño, y él ya apenas cabía en el hueco. La luz del sol le impedía abrir los ojos, una luz que lo cegaba casi por completo, y tuvo que sujetarse de la mano del maestro hasta llegar a la habitación, que afortunadamente se mantenía a oscuras, tal como la recordaba. Pero, esta

vez, todo estaba cambiado. Todos los objetos habían desaparecido y la alacena estaba vacía de botes de cristal. Cuando sus ojos se acostumbraron de nuevo a la falta de luz, pudo observar con más detalle la cara amoratada del viejo. Tenía varios golpes y un corte en el labio inferior.

El viejo comenzó su liturgia habitual; puso el hatillo de tela negra sobre la mesa y sujetó a Grimm a la silla. Estaba terminando de atarle el brazo izquierdo cuando una voz de mujer, desde fuera de la estancia, interrumpió la labor de su amo.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —preguntó la voz.

El maestro gruñó algo sobre las cortinas y con un gesto airado, salió de la habitación. Por unos instantes, un rayo de luz cegador atravesó la cortina, y Grimm sintió un foganazo de dolor en las pupilas. Acostumbrado a no gritar, cerró los ojos con fuerza y soportó el dolor, tal como había aprendido a hacer durante años. En su mente, apagada a todos los estímulos, la conversación que tenía lugar en el exterior no tenía sentido. Tampoco aquellas palabras extrañas en boca de aquella mujer.

—*Cadał, cadał, gus a 'ghealach a dhùsgadh thu le guth bhinn aice.*

En una lenta letanía, se sucedieron tres veces. Al terminar, un sonido sordo y pesado retumbó hasta la sala donde esperaba Grimm sentado en la silla, atado solo por los pies y el brazo derecho. Ante él podía observar los instrumentos de tortura que tan bien conocía, especialmente la cortante navaja de afeitar, cuya hoja era ya casi inexistente de tanto afilarla. Pasaron unos segundos hasta que la cortina se descorrió de nuevo. Instintivamente cerró los ojos, pero no pudo evitar el restallido de dolor momentáneo al recibir toda aquella luz, aunque fueran unos fugaces instantes.

—Vaya, vaya, vaya. Tal como imaginaba. *Cumhachd sònraichte* —dijo la mujer al entrar en la sala.

Grimm solo podía oír su voz, pues tenía los ojos cerrados con fuerza. Un olor a madera, tierra húmeda y humo le vino a la mente casi con la misma intensidad que el tono de la voz, el de una mujer madura, fuerte y segura de sí misma. No supo qué decir.

—¿Quieres quedarte con tu maestro o prefieres venir conmigo?

Grimm no se movió. Parpadeó un par de veces hasta poder ver a la mujer, entrecerrando sus doloridos ojos. Ella, paciente, lo observaba con curiosidad. Le pareció ver a una mujer de mediana edad,

cabello moreno, muy alta y delgada. El pelo le caía recogido en una coleta sobre uno de los hombros. Sus ojos claros lo atravesaban sin miramientos; cada ojo era de un color. Su rostro no se inmutó cuando repitió por segunda vez el ofrecimiento:

—¿Quieres quedarte con tu maestro o prefieres venir conmigo?

—Soy Grimm.

—Yo soy Alanna. Puedo sacarte de aquí, chico. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí —contestó, mirando por última vez la navaja de afeitar.

CAPÍTULO SEIS

Nuevos amos

Para Grimm sucedió todo muy rápido. Dejaron el cuerpo inconsciente de su antiguo amo en la tienda, y Alanna le pidió ayuda para encontrar todas las pequeñas botellas de colores que hubiera escondidas en la sala. Grimm le dijo todo lo que sabía, que resultó de poca ayuda. No quiso saber si su amo estaba muerto, así que no hizo preguntas. No le importaba. Cuando escuchó sus desagradables ronquidos supo que solo estaba dormido.

Alanna revolvió toda la trastienda -la habitación que Grimm conocía- y también la parte frontal de la tienda. El chico tardó casi una hora en acostumbrarse a la luz, y aun así no enfocaba la vista del todo bien, de modo que no pudo ser de mucha ayuda. Cargó con los objetos que Alanna le dio y los metió en varios sacos de lona. Cuando atravesaron la puerta de la tienda, no estaba preparado para enfrentarse al mundo. Decenas de personas cruzaban la calle, ajenos a ellos. El sol, en lo alto del cielo, le calentaba la piel de forma molesta e insidiosa. Una bofetada de fuertes olores lo agredió nada más salir. Barro, caballos, orines de perro y comida de infinitos aromas que hicieron que la boca se le hiciera agua inmediatamente. Los sonidos que le llegaron del mundo exterior también le aturdiéron. Voces. Relinchos. Risas y conversaciones tan rápidas que no podía seguirlos. Cuando logró enfocar la mirada, Alanna estaba cerca de él, observándolo. Lo tomó del brazo con suavidad y lo guio por las calles. Embobado, absorbía todo lo que había a su alrededor. Hombres, animales, pájaros. Estaba en una ciudad; los edificios de piedra, de dos y tres pisos, atestaban una calle jalonada por árboles y aceras. Algunas personas caminaban, otras iban a caballo y otras flotaban por el aire. Los pájaros hablaban con las personas, y estas les respondían. Y nadie agredía a nadie. El sonido de las risas y las miradas de curiosidad de la gente lo hicieron llorar sin saber qué estaba pasando.

Alanna lo llevó hasta una calle secundaria donde aguardaba su caballo, un animal de crines amarillas y pelo blanco. Grimm nunca había visto una criatura tan hermosa. Quiso decirlo con palabras,

pero su cuerpo actuaba movido por el instinto y su mente estaba demasiado ocupada procesando el entorno. El animal giró la cabeza y sus enormes ojos azules lo observaron, como si supieran lo que estaba pensando. Siguió un impulso repentino que le urgió a acariciar a aquel animal con la mano, y en las yemas de los dedos sintió algo diferente, algo para lo que no tenía nombre. Algo que le recordaba sus sueños.

La mujer lo trató amablemente y en ningún momento sintió hostilidad por parte de ella. Le habló despacio y se tomó su tiempo para observarlo con irreprimible curiosidad. Cuando le sonreía, él no sabía qué hacer, así que bajaba la vista. Los pies de la mujer le fascinaron por su pequeña perfección. Las uñas, pintadas con pequeñas flores de colores, sobresalían de las sandalias de cuero. Siguiendo sus instrucciones, colocó los sacos en un pequeño caballo atado al lado del alazán. Ella montó con una agilidad pasmosa al grande y le dio la mano para ayudarlo a subir. El caballo, que no estaba atado, echó a caminar por la calle principal, y Grimm pudo ver con detalle la ciudad donde había vivido. Había pasado cinco años entre aquellas calles sin que nadie supiera de su existencia, ni él la del mundo que lo rodeaba. Al poco tiempo, la ciudad se fue dispersando, y los edificios dejaron de ser impresionantes y hermosos para convertirse en pequeños y anodinos. El campo dio paso a la ciudad, y finalmente, el bosque y las colinas reemplazaron a la bulliciosa civilización.

El viaje hasta la torre de Alanna fue largo, y Grimm no sabía montar a caballo. Al principio, Alanna lo llevó en la grupa de su hermoso corcel blanco, pero en cuanto pudo, le enseñó cómo montar sin caerse en la yegua que los acompañaba. Aprendió que dirigirse al animal por su nombre era importante. Se llamaba *Näim*. Siempre que la tratara con respeto, obedecería sus órdenes sin que tuviera que articularlas siquiera, pues los caballos escuchaban la mente de sus amos. No hacía falta hacerles daño para que obedecieran. No eran bestias.

Grimm se preguntó qué significaba *bestia*. Habían pasado ya nueve días desde la última sesión de tortura con su amo y sentía que algo ardía en su interior. El sol dejó de picarle en la piel, y antes de que la noche cayera, llegaron a un bosque de pinos. El olor intenso y

fresco llegó a las fosas nasales de Grimm mucho antes de que los árboles estuvieran a la vista. Se internaron en él siguiendo un sendero imperceptible para el muchacho. Antes de que Alanna dijera nada, Grimm supo que existía un río cercano. Podía oír el sonido del agua y sentir la humedad en la piel. Incluso rodeado de sonidos de animales y olores de todo tipo, Grimm estaba cada vez más despierto.

—Tengo sed —dijo por primera vez.

—Hay un río un poco más adelante —contestó Alanna.

—Lo sé —replicó sin más.

En los ojos de la mujer asomaba un brillo que Grimm no supo interpretar.

Llegaron al río y detuvieron los caballos. Alanna miró alrededor y se cercioró de que no hubiese nadie acechando. Bajó del caballo e invitó al muchacho a hacer lo mismo. Bebió del agua del río, esperando que él la imitara. Cuando saciaron la sed, Grimm se enfrentó a la mirada de la mujer. De nuevo no supo qué decir.

—Deberías asearte. Tus andrajos están destrozados y apestas. Te conseguiré unas ropas nuevas, pero primero lávate —dijo ella.

Grimm asintió con la cabeza.

La mujer le dio un trapo seco para que se frotara y un frasco con un líquido que olía bien, y le pidió que se lo echara por el cuerpo, lo frotara y después lo aclarara con agua. Grimm así lo hizo, desprendiéndose primero de sus ropas. En su inocencia, no se percató de la manera en que ella contemplaba su joven cuerpo desnudo. Sin embargo, se mantuvo a distancia todo el rato, contando cada una de las cicatrices de la piel del muchacho. Aquel cuerpo parecía un mapa grabado por un demente. Cuando el chico terminó, la mujer se acercó a las ropas sucias que había dejado en la orilla. Sin tocarlas, movió las manos con gestos rápidos y complejos, pronunciando unas palabras cuyo sonido musical le resultó vagamente similar al que ya había oído en boca de su maestro: «*Eorg carboiñ glay beatha agus tha rebornj nas bòidhche*».

Los harapos de color marrón, acartonados y rotos por cientos de sitios, pronto se transformaron en una fina camisa blanca con ribetes y unos pantalones cortos de color azul claro. Todavía en el agua, Grimm parpadeó perplejo ante aquella demostración de magia; la primera, pero no la última que vería en su vida. Se preguntó si

aquella mujer sería una bruja, como su madre.

Alanna le pidió que volviera a la orilla y se secara. Le entregó una toalla que sacó de sus alforjas y le indicó con paciencia que se pusiera la ropa nueva. Grimm obedeció, bajo la atenta mirada de la mujer.

Volvieron al camino tras aquel fugaz descanso, pero pronto se hizo de noche. Tras buscar un sitio adecuado, Alanna hizo parar a Grimm, que, obediente, descargó los sacos de su caballo y después, siguiendo las indicaciones de la mujer, hizo lo propio con las sillas de montar. Los animales no se fueron muy lejos, pero les dejaron espacio. La mujer colocó en el suelo una fina esterilla de fibras vegetales y, sobre esta, una manta mullida. Buscó entre sus pertenencias una bolsa y sacó algunas viandas. Le indicó con un gesto a Grimm que se sentara a su lado y no dejó de observarlo. Al final rompió el silencio:

—Hablas poco. Eso me gusta. Imagino que tendrás hambre.

Grimm asintió levemente con la cabeza.

—Coge de lo que tengo, y si te quedas con hambre, dímelo y conjuraré algo más de comida.

Grimm volvió a asentir y empezó a comer.

Debía de ser una bruja, una bruja poderosa, pero no sabía si preguntárselo sería inteligente.

—¿Cuánto tiempo estuviste con el viejo? —preguntó ella. Su manera de mirarlo era la de alguien que no tenía prisa.

—No lo sé —respondió, pensando en lo que significaba aquello. «¿Cuántos años tengo?», se preguntó a sí mismo.

—Pobre —musitó la mujer. Grimm no entendió a qué se refería y siguió comiendo.

Con la tripa llena y el cuerpo descansado, no pudo evitar lanzar la pregunta que llevaba horas rondándole la cabeza.

—¿Eres una bruja?

La mujer rio escandalosamente un buen rato y finalmente respondió:

—Depende de lo que entiendas por bruja. Supongo que te refieres a que si sé hacer magia, ¿no?

—Sí —confirmó Grimm. Miró a su alrededor y solo vio siluetas oscuras de árboles y las dos lunas de Grub y la luna de Taal, azulada, tal como la veía desde su pozo.

—En Brin todos podemos hacer magia. Tú también, ¿no lo sabías?

Grimm callaba sin ser consciente de ello, ya que durante años se había acostumbrado a no existir más que dentro de su cabeza. Tuvo que ser la insistente mirada de Alanna la que hizo que contestara.

—No sé nada.

—No importa. Yo te enseñaré, pero ahora vamos a dormir. Tú aquí —dijo señalando el suelo, a unos metros de su manta.

Grimm obedeció, no sin antes recoger la bolsa de comida, estirar de nuevo la manta de su nueva ama y, con una manta vieja, improvisar un lecho.

Aquella fue la primera noche que Grimm pasó al raso. El cielo plagado de estrellas y el sonido del bosque, lleno de animales, eran como un libro abierto ante él. Maravillado por todo aquello, no supo cuándo se quedó dormido.

CAPÍTULO SIETE

Vida en espera

La recepción de acero, cristal y cemento era suficiente aviso para cualquiera que no supiera dónde se estaba metiendo. El nombre del lugar resultaba innecesario; ese tipo de instalaciones debería tener solo un número de serie. Las residencias de juego siempre le dieron escalofríos. Aquellos edificios estaban repletos de seres humanos que entraban pero que nunca salían. La ceniza resultante de incinerar sus cuerpos se tiraba por el desagüe. Resultaba más barato y cómodo. No se engañaba, sabía que ella, algún día, también terminaría en un lugar como aquel. Una torre gigantesca bajo tierra, como un aparcamiento de larga permanencia para seres humanos que ya no quieren seguir siéndolo en la realidad. No hacían falta pintura, ni muebles, ni ventanas, ni cuartos de baño. Las habitaciones eran apenas un nicho de dos metros cúbicos donde el cuerpo de cada residente yacía conectado a la red, inconsciente en el mundo físico pero lleno de vitalidad en otro mundo.

Frank seguía siendo alguien especial para ella. Lo conoció en la red, y cuando investigó algo más sobre aquel personaje mítico, lo que averiguó le sirvió para aprender algo más sobre el ser humano. Una historia triste, pero que mostraba que más allá del dolor y la pérdida siempre existe la posibilidad de la esperanza. Un accidente deportivo dejó postrado a Frank hacía ya muchos años. Tantos, que su cuerpo casi ya no recordaba lo que significaba sentir. Pero todavía tenía esa capacidad, y Andelain se lo recordaba una vez al mes.

Cuando Frank despertó, tardó una eternidad en abrir los ojos y enfocar a la mujer que lo observaba, de pie. Dentro de la residencia no existían sillas ni mobiliario alguno. No era habitual recibir visitas, y el androide que se encargaba de atenderlas estaba programado tan solo para indicar el camino y avisar al residente de que tenía una. No había cordialidad ni empatía en su programación. No era necesario. La mayoría de las veces, las visitas eran de agentes judiciales que acudían en persona al no encontrar otra manera de comunicar una orden oficial.

Frank no podía hablar. Pero no hacía falta. Andelain acarició su

rostro y sonrió cuando él parpadeó. Aquella cabeza rapada, blanca y sin cejas podía ser la de cualquiera. Por el código tatuado en la frente, pensado para lecturas digitales, tampoco podía saber si ese ser era Frank o no, pero aquella serenidad en la mirada solo podía pertenecer a un individuo por el que tenía mucho respeto.

Y Andelain sentía respeto por muy pocas personas, hombres o mujeres.

Como otras veces, leyó en voz alta algunos poemas en francés. Frank decía que siempre le había gustado cómo sonaban en los labios de una mujer enfadada. Leyó una traducción de Lorca y se concentró en no hacerlo demasiado deprisa.

Cuando terminó, besó su fría frente y le susurró lo mismo que le había dicho cientos de veces:

—Te veo al otro lado.

CAPÍTULO OCHO

Una bolsa de monedas

Grimm soñaba cada noche, y todas las noches se repetía la misma escena. Luces de colores como líneas quebradizas que se cruzaban en rápida sucesión sobre un fondo negro. Unas más gruesas que otras, algunas se partían y cambiaban ligeramente de dirección. En sus sueños solo había un rumor de fondo, como el agua de un arroyo fluyendo a varias velocidades. Todas las mañanas se despertaba con la sensación de un aroma en su interior, entre su lengua y su nariz; un olor que no podía descifrar, pero que lo acercaba a la infancia, a su madre. Aquella sensación a veces duraba unos segundos y en otras ocasiones se desvanecía casi al instante.

Ese día lo despertó el roce del viento en su rostro. El bosque y los animales que vivían en él bullían, y sus sonidos lo animaron aún más. Terminó de abrir los ojos y escuchó el rumor de las ramas de los árboles mecerse bajo la fresca brisa; era la primera vez que sentía algo así y no tenía palabras para describirlo. Su cuerpo reaccionaba por él, y las emociones se revolvían en su interior sin que pudiera articularlas en conceptos. Los pájaros, alegres, cantaban y brincaban de rama en rama. La luz del amanecer inundaba de vida la foresta al pasar entre los troncos de los árboles. En lo alto, las nubes desplegaban sus masas esponjosas con parsimonia. Cada movimiento funcionaba de manera independiente de los demás, como un baile desordenado pero armonioso. Grimm disfrutaba de cada sensación tras su primera noche a cielo abierto.

Giró la cabeza a la izquierda y se sorprendió al ver a Alanna observándolo en silencio. Hasta aquel momento, Grimm no había reparado en que había algo en su mirada. Su pelo, largo y enredado, ocultaba la mitad de su rostro y era igual de negro que sus ropas, por lo que su figura difusa solo dejaba entrever un rostro de piel pálida y perfecta. Ahora, ese rostro estaba concentrado en observarlo con sus enormes ojos. Uno azul, frío y terrible. Otro marrón, cálido y lleno de vida. Tenía las cejas finas y puntiagudas. Parpadeó y, tras un rato, su rostro se transformó en una sonrisa perezosa.

—¿Has dormido bien? —preguntó con voz seca.

—Sí —dijo Grimm; se incorporó sobre los codos sin poder dejar de fijar la vista en aquellos ojos de colores dispares.

—Es hora de ponerse en camino —dijo Alanna, levantándose sin más.

Grimm la imitó y se incorporó.

—¿Adónde vamos?

—A tu nuevo hogar. A mi casa. No está muy lejos de aquí, llegaremos al final del día.

Grimm no supo qué más decir. Tampoco Alanna quiso añadir nada. Recogieron las mantas del suelo y tomaron un frugal desayuno compuesto principalmente de queso, pan duro y algunos frutos secos. Grimm comía poco. Bebieron agua fresca del río. El agua le supo diferente al agua del pozo donde había estado encerrado tantos años.

La mujer subió al caballo de un salto ágil y observó cómo trataba de imitarla Grimm. Torpe e inexperto, lo intentó varias veces sin conseguirlo. Alanna no se impacientó y esperó a que consiguiera subir al animal. Cuando por fin lo logró, la mujer hizo girar a su montura e inició el camino. El caballo de Grimm siguió al otro y la monótona marcha comenzó.

Tras abandonar el bosque, llegaron a unas colinas verdes ribeteadas de colores. Fragantes flores jalonaban el paisaje de amarillos, rojos, blancos y azules. Olores nuevos y desconocidos para Grimm, quien los percibía por primera vez en su vida. El viaje por aquellos caminos sirvió para que descubriera el verdadero uso de los sentidos que se habían embotado durante años. Dejaron atrás los frondosos bosques, las praderas de colores y otras maravillas como lagunas, prados repletos de ganado y cañones azules de tamaños colosales. Aunque hicieron varias pausas para descansar, apenas intercambiaron palabra. Pasaban varias horas del mediodía cuando llegaron a un cruce de caminos; allí los esperaban cuatro hombres en mitad del paso.

Antes de que pudieran ver sus rostros con detalle, uno de ellos desenvainó la espada y se plantó en mitad del camino. Los otros dos hombres, a unos metros detrás de él, clavaron varias flechas en el suelo, prepararon una en sus arcos y los apuntaron. El otro hombre, sin armas a la vista, esperaba al lado de los arqueros.

—Alto ahí —gritó el espadachín.

Alana no pareció preocuparse, aunque hizo detenerse a su caballo. Grimm examinó los rostros de aquellos hombres. En ellos lucían cicatrices que cortaban sus cejas y dejaban marcas en sus barbas. El espadachín tenía un ojo blanco, ciego por un corte que le atravesaba verticalmente la mitad de la cara. La cicatriz se extendía a su cuero cabelludo. Tenía una sonrisa lobuna.

—Danos todo lo que tengas de valor, mujer. Evitemos un problema mayor.

—De acuerdo —dijo Alanna. Rebuscó en el saco que llevaba a un lado del caballo y le tiró una bolsa que, por el sonido que hizo al aterrizar en las manos del hombre, debía de contener monedas. Este echó un vistazo al interior y no pareció entusiasmado.

—Eh, chico. ¿Tú que llevas? —preguntó.

El espadachín se fijó por primera vez en Grimm. Algo no le cuadró porque silbó dos veces y dio un paso atrás, guardando la bolsa. Una flecha pasó rozando la cabeza de Grimm, que parpadeó sorprendido.

—No me gusta. Erdin, ¿qué diablos le pasa a este tipo? ¡No me gusta! —preguntó el espadachín, que entornaba los ojos sin perder de vista a Alanna.

—No lo sé —respondió el hombre desarmado al lado de los arqueros.

Alanna, hizo un movimiento que solo vio Grimm. Su mano derecha soltó las riendas con cuidado y los dedos empezaron a bailar sin música.

—¡Es un *gancanagh*! —gritó de nuevo el mismo hombre desarmado, que comenzó a mover las manos y a murmurar unas palabras inaudibles.

—Mierda, ¡disparad a la bruja! —gritó el espadachín a la vez que avanzaba a grandes pasos hacia ellos con la espada en alto.

Alanna gritó varias palabras que Grimm no pudo oír bien. Sus manos se movieron tan rápido que parecían invisibles. El aire alrededor de ellos se espesó y, de pronto, el mundo entero enmudeció. Grimm sintió una presión en los oídos que hizo que le pitaran durante unos instantes. Todo pareció suceder muy despacio. El hombre de la espada salió despedido hacia atrás. Pataleaba y se retorció flotando en el aire, en silencio absoluto. Las flechas que habían lanzado los dos arqueros redujeron su velocidad de manera

progresiva hasta que finalmente retrocedieron, como si rebotaran, y salieron despedidas en direcciones inofensivas. De las manos del hombre que había hablado por última vez salía una bruma azulada que se dirigía hacia ellos como una pequeña neblina, pero se hizo jirones presa de una ráfaga de viento cálido que vino desde sus espaldas.

Ahora sí podía oír la voz de Alanna, alta y clara, mientras esta gesticulaba complicados movimientos con los dedos de ambas manos, que bailaban con la sonoridad extraña de aquellas palabras, complejas y ricas en matices.

—*¡Á 'toirt beatha truaigh seo agus losgadh angh an ifriugh!*

Al instante, de sus manos surgió una neblina roja, y dentro de ella, una oscuridad creciente hizo que la luz del día retrocediera a su alrededor. Los colores desaparecieron y todo a su alrededor se tornó gris y frío. El hombre sin armas hacía gestos con las manos, pero no parecía ocurrir nada. Dentro de la oscuridad, un brillo ambarino fluctuante, líquido, se fue compactando cada vez más, hasta que brotó con fuerza una llamarada que alcanzó al hombre y lo inflamó al instante. Ardió rápidamente entre alaridos mudos. Los otros hombres huyeron despavoridos.

Poco a poco, el sonido volvió a los oídos de Grimm.

Alanna no se giró siquiera para ver que el chico estaba bien, sino que continuó su camino. Al pasar al lado de lo poco que quedaba de aquel hombre, Grimm observó que el cuerpo, derretido y carbonizado en parte, todavía movía la mano derecha con tics incontrolados. Los dedos índice y pulgar intentaban encontrarse sin éxito.

Continuaron el camino durante horas, aunque Grimm no dejaba de revivir una y otra vez la batalla en su cabeza. Alanna se giró un par de veces para observarlo, pero no dijo palabra.

CAPÍTULO NUEVE

Veterra

Veterra era una pequeña población costera. Un precioso pueblecito de casas blancas, rojas y azules que estaba resguardado en una enorme bahía natural. En el puerto, decenas de barcos de vela agitaban sus delgados mástiles al ritmo pausado del mar, que se filtraba en los sentidos de Grimm como ninguna otra sensación a lo largo del camino.

El sol se había puesto apenas una hora antes de su llegada, pero una luz azulada permitía todavía contemplar la actividad humana en Veterra. Hombres que encendían las luces dentro de sus casas. Globos de luz ambarina poblaban las calles, sujetos con pequeños cordeles para evitar que ascendieran flotando hacia el cielo. Pájaros blancos que saltaban de una casa a otra. Y en el mar, de vez en cuando brincaban pequeños peces brillantes que dejaban fogonazos de luz al sumergirse de nuevo en el agua.

Se internaron en las pequeñas callejuelas, todavía montados a caballo, y el sonido de los cascos de los animales contra los adoquines, rítmico y contundente, hizo que Grimm saliera de la contemplación pasiva en la que venía inmerso desde el comienzo del viaje. Cada paso que daba era una explosión de cosas nuevas para él. Había experimentado y aprendido más en dos días que en toda su corta vida; sin embargo, estaba tan excitado que aún quería más.

Una gran puerta se abrió ante ellos y pasaron bajo el enorme arco que sostenía una gran casa antigua. La fachada mostraba con orgullo algunas de las vigas de madera que formaban parte de su esqueleto. Tras el arco se abría un hermoso patio de piedra, con pequeños árboles y parras trepadoras. Hacía fresco y el aire era húmedo. Alanna bajó de un salto y se dirigió a Grimm.

—Hemos llegado. Bienvenido a mi casa. Ven, te enseñaré dónde vas a vivir.

Aunque no sonrió, en su voz había cierta alegría. Dejaron los caballos al cuidado de un hombre que saludó a Alanna y miró con curiosidad al chico. Alanna tomó de la mano a Grimm, que entró en el caserón tras ella.

El centro de la casa estaba formado por un enorme salón. Una ancha escalera de madera subía al piso superior. Tras el salón se abría un amplio balcón que daba a la calle. Voces apagadas subían desde la calle, ayudadas por una ligera brisa. En los lados del salón se alzaban varias estanterías repletas de libros. Sobre unas pieles había cojines de diferentes tipos, y en una pared, una gran chimenea, ahora apagada y vacía.

La mujer no dejó al chico observar tranquilamente nada de aquello. Dejó caer al suelo todo lo que había cogido del caballo y, por primera vez desde la noche en que durmieron al raso, lo miró de cerca. Sus ojos no habían cambiado, pero tenía algo más de color en las mejillas. Grimm sintió su aliento sobre la piel y como se clavaban expectantes aquellos desconcertantes ojos, hasta que ella le hizo una seña inequívoca para que la siguiera sin preguntar.

Alanna lo guió a través de una puerta. Bajaron unas escaleras de piedra en semipenumbra, hasta que alzó el dedo y pronunció una única palabra:

—*Sgòthay.*

Una luz suave iluminó la sala. Bajo ellos se abría una estancia enorme con dos ventanas gigantescas que daban a un pequeño jardín. Fuera ya empezaba a ser de noche, y la luz de una enorme luna se filtraba juguetona a través del vidrio. Una pequeña piscina de agua límpida, bordeada de madera pulida y oscura, gobernaba el centro de la estancia. Alanna hizo un gesto con las manos y la luz la acompañó, encendiendo decenas de velas que había repartidas por la sala.

Hacía calor en aquel lugar. Alanna continuó andando hasta la piscina y fue quitándose la ropa a cada paso que daba. Primero las botas altas de piel negra que llevaba bajo aquel larguísimo vestido que solo dejaba ver sus manos. A continuación le pidió ayuda al chico para desabotonar la interminable ristra de corchetes. Grimm dudó, pero se acercó y empezó a soltar uno a uno los enganches. Debajo, se encontró una piel blanca y limpia de cualquier imperfección. Alanna se arrancó suavemente el vestido, como si mudara de piel y bajo aquel manto oscuro y pesado viviera una criatura de luz. Todavía de espaldas, sacó los delgados brazos y dejó caer la ropa al suelo. No llevaba nada más. Su cuerpo desnudo era elástico y delgado, de caderas anchas y una cintura ligeramente estrecha. A

Grimm le llamaron la atención los hoyuelos que tenía a la altura de los riñones y las curvas que fluían por su espalda y se juntaban de nuevo entre las piernas.

Alanna se giró, y Grimm pudo ver su frágil cuello y el hueco que quedaba entre sus clavículas. Aquella piel fina y suave de los hombros continuaba hasta unos grandes pechos, de una redonda perfección, que parecían ingrátidos. Las suaves curvas que se adivinaban en su vientre eran igual de hipnóticas que las de su espalda y terminaban de igual manera, entre sus piernas, entre un triángulo de vello negro.

Grimm nunca había visto a una mujer desnuda. Y Alanna era una mujer muy hermosa, aunque él todavía no sabía lo que significaba aquello. Sin embargo, su curiosidad lo acosaba saturándolo de sensaciones que buceaban en su interior. Todavía no tenían nombre ni forma, pero estaban dentro, revoloteando.

—¿Te gusta la magia, Grimm?

Se arrodilló delante de él y empezó a desvestirlo sin prisa. Tenía el rostro alzado hacia él y sus enormes ojos bebían de los del muchacho. Pronto no quedó ropa alguna que quitar y Grimm sintió las suaves manos de Alanna sobre su piel. Pasaron varios minutos, hasta que una sensación predominó sobre las demás. Grimm empezó a respirar con más intensidad. Alanna comenzó a acariciarle la entrepierna y esa sensación se incrementó. Grimm notaba que le faltaba el aire y que su miembro se endurecía. Entrecerró los ojos, dejando que las manos expertas de su nueva ama despertaran aquellas sensaciones. Los minutos se retorcieron, pegajosos, y cuando abrió de nuevo los ojos, Alanna le sonrió y comenzó a hacer con los labios lo que antes hiciera con la mano.

Grimm volvió a cerrar los ojos, ahogado. Creyó que iba a morir. Sintió algo muy fuerte dentro de él, algo abrasador. Alanna ahora le agitaba el miembro con su mano derecha y empezaba a musitar algunas palabras, pero Grimm no podía prestarles atención. La vista se le emborronaba por instantes y las piernas le temblaban. Sentía cómo su cuerpo tiritaba y cómo descargas de aquello para lo que no tenía nombre lo recorrían, hasta que le pareció que algo se partía dentro de él y que el fuego lo atravesaba mientras brotaba de entre sus piernas. Abrió la boca pero no pudo respirar, creyó morir. De su boca y sus ojos, una niebla rosácea fluía como humo líquido. El

cuerpo blanco y húmedo de Alanna brillaba y absorbía el denso vapor que brotaba de Grimm. Alanna le sacudió el miembro durante unos segundos más, hasta que Grimm gruñó y volvió a respirar. Parpadeó un par de veces y la observó, sintiendo que su corazón palpitaba salvaje.

—Esto es magia, Grimm.

Lo tomó de la mano y, juntos, se metieron en el agua. Estaba caliente y olía a flores. Grimm se estremeció cuando el calor acogió su cuerpo. Seguía descubriendo el mundo y las sensaciones que podía ofrecerle. Apoyados cada uno en un lado de la piscina, sumergidos hasta la cintura, Grimm esperaba a que su nueva maestra volviera a hablar.

—El viejo te enseñó el Dolor. Yo te enseñaré algo nuevo. Se llama Placer.

—¿Esto es placer? —preguntó Grimm, confuso. Intuía a qué se refería Alanna pero no estaba seguro.

—Sí. Tiene muchos nombres. Dame las manos.

Alanna las tomó y, sin prisa, las enjabonó hasta que estuvieron húmedas y resbaladizas. Se sentó en el borde de la piscina y lo atrajo con cuidado hasta ella. Ahora estaba casi a dos cabezas por encima de él.

—Cierra los ojos y déjate llevar.

Él cerró los ojos, sin saber a qué se refería. Ella le tomó las manos y las puso sobre sus caderas. Sin apenas apretar, hizo que se deslizaran sobre su piel, hasta que Grimm empezó a llevar la iniciativa, descubriendo el cuerpo de la mujer. Primero las caderas, mullidas y esponjosas. Suaves. Subió por los costados hasta topar con la redondez de los pechos. Los tomó en sus manos y los recorrió de diferentes maneras. Sintiendo cada vez más aquello que Alanna llamaba «placer». El placer podía venir de las yemas de sus dedos y pronto descubrió que también sentía placer al oír los débiles susurros de ella. Sintió que lo que tenía entre las piernas ya no le colgaba flácido, sino que se había endurecido de nuevo. Ella lo sacó de la piscina y empezó a masajearlo de nuevo. El placer se incrementó en oleadas, sobre todo cuando ella utilizaba la boca. Sus manos habían descubierto que el cuerpo de ella era una fuente interminable de curvas y texturas, y lo recorría a la vez que Alanna le proporcionaba placer. Le recordó que no abriera los ojos y pronto empezó a cantar

una mullida letanía.

—*Fhoir dhomh aḡ tlachđ agus am tilleadh gu mo ghean.*

Notó que se subía encima de él y que su miembro entraba en el cuerpo de ella. Percibió el calor y la sensación abrasadora de placer que lo hacía perder durante algunos segundos el foco en su mirada, convirtiendo todo en luces de colores. Se concentró en volver a enfocar la vista. Ella lo devoraba con los ojos. Flotaban en una nube roja, como si el fuego fuera vapor denso que brotaba de sus cuerpos, unidos entre las piernas. El placer que sentía Grimm le impedía respirar y, cuando lo hacía, gemía torpemente. Ella subía y bajaba las caderas rítmicamente sobre él hasta que no pudo más y, con un gemido, sintió que de nuevo moría de placer. El tiempo se paró, y a cada respiración parecía romperse en jirones agónicos. No había muerto, pero casi. Sintió que el dolor y el placer se tocaban en algún punto de su interior y durante algunos segundos se fusionaban en un abrazo violento.

Alanna se tumbó junto a él y se llevó la mano entre las piernas, continuando para ella sola ese placer durante unos instantes más, entre pequeños gemidos, hasta que paró. Durante todo ese tiempo estuvo murmurando aquella letanía. Sus cuerpos seguían exudando una bruma rosácea, dejando grandes charcos de un fluido del mismo color que corría por la piedra en pequeños canales e iban a parar a un caldero que los recogía. Alanna por fin dejó de murmurar esas palabras extrañas y pareció que se dormía plácidamente.

Grimm sintió que los párpados se le cerraban, y cuando se quiso dar cuenta, estaba dormido.

CAPÍTULO DIEZ

La fuerza de la magia

Aquella noche soñó algo diferente. Una de las líneas paró su marcha y se empezó a doblar. Ignoró el resto de líneas de colores en su sueño. Sin embargo, esa línea permaneció delante de él, serpentean-do. De color rojo sangre, en un momento dado pareció que bailaba para él, sabiendo que nadie más podía verlo. Le pareció hermosa.

Cuando Grimm despertó, aquella sensación hizo que se sintiera mareado, como si el suelo a sus pies no fuera real. Como si nada en la habitación fuera real y todo se compusiera de líneas de colores y la serpiente roja siguiera oscilando, ahora invisible.

Cuando amaneció, Alanna no estaba con él. A pesar de ser muy temprano, no hacía frío en aquella sala de piedra y agua; tumbado como estaba en el reborde de madera de la piscina, esta resultaba cálida y hasta cómoda. Cogió sus ropas del suelo y se vistió de nuevo, pensando en lo que había ocurrido la noche anterior. La piel se le erizaba al recordarlo. Subió las escaleras de nuevo, evitando hacer ruido. Quería pasar desapercibido, aunque no sabía la razón exacta. Sentía que todo sería más fácil si no se convertía en una molestia. No tuvo que buscar mucho; un sirviente lo estaba esperando en el gran salón. De pie, de cara a la puerta, esperaba a que esta se abriera para conducir a Grimm al comedor: una sala adyacente al gran salón y con vistas al mismo jardín que se veía desde los baños del piso inferior. De día parecía más grande. Rodeado de árboles, no era un jardín, sino un claro en el bosque. No se veían muros o límites de ningún tipo. El hombre, cortés y amable pero poco hablador, lo invitó a sentarse en una mesa grande para más de diez personas. Sobre ella, había todo tipo de manjares dispuestos en platos de loza. Había zumos de al menos cuatro frutas diferentes, cuyos aromas le invadían las fosas nasales. Carnes, varios tipos de pan, mermeladas, frutos secos. Grimm jamás había visto tanta comida junta en una mesa. Tampoco tenía demasiada hambre, pero sí curiosidad por probar todo aquello, desconocido para él, así que

terminó atiborrado y satisfecho. El sirviente que lo atendió no quiso interrumpirlo y se ocupó amablemente de responder cualquier consulta relativa al desayuno; pero dada su actitud distante, Grimm no tuvo valor para preguntarle sobre su propio destino.

Al terminar, observó el comedor con más detenimiento. Había un retrato de Alanna colgado en la pared frente a él. Con un fondo oscuro, su rostro pálido y sus ojos azul y marrón destacaban por encima de cualquier otro detalle. Vestía un traje ceñido que le ocultaba casi toda la piel y se cerraba por encima del cuello. El vestido también cubría la mayor parte de sus brazos, dejando solo visibles las manos, con las uñas pintadas de negro. En el cuadro llevaba los labios negros y los ojos tenían una línea muy marcada alrededor. Su mirada, penetrante y severa, se parecía mucho a lo que recordaba de los días anteriores, como si el retrato fuera muy reciente o ella no hubiera cambiado lo más mínimo. Sin ropa, su cuerpo elástico hablaba por sí solo; en el retrato y con aquellas vestiduras parecía mucho mayor, pero comparada con su viejo maestro o el director del orfanato asemejaba ser casi tan joven como él. A ambos lados del cuadro de Alanna había otras pinturas que representaban animales. Un caballo blanco con alas que impresionó a Grimm. Un dragón de color rojo y dorado, un caballo con un cuerno en la frente de color plateado, y el que más lo impactó: una hermosa muchacha con cola de pez. Su torso desnudo era el de una mujer, tal como Grimm había descubierto, pero de ombligo para abajo estaba recubierta de escamas, y en vez de piernas, tenía una larga cola acabada en una aleta. Lo que más lo fascinó fue el hecho de que de cintura para arriba fuera muy parecida a Alanna, incluyendo sus ojos, cada uno de un color.

Preguntó al sirviente cómo se llamaba, ya que se sentía incómodo con que alguien le sirviera y más aún si no conocía su nombre. Resultó llamarse Antón y no le importó que Grimm lo ayudara a recoger las cosas. En la inmensa cocina había ollas, cacerolas y alacenas llenas de botes con especias, legumbres, arroz y decenas de cosas más que no conocía. Grimm no preguntó, y cuando a Antón se le cayó un plato al suelo y se rompió en mil pedazos, se arrodilló rápidamente a su lado y lo ayudó a recoger los trozos. Antón no pareció contrariado y, pacientemente, se fue a buscar algo con que limpiar el estropicio. Grimm, agachado, empezó a buscar los peda-

zos más grandes y los cogió con la mano. No quería que Alanna viera aquel desastre. La recordaba sonriendo en el bosque, cuando se despertó, y también sobre él, desnuda, con los ojos entornados, casi ocultos tras una maraña de pelo negro.

Al cortarse apenas se dio cuenta, pero cuando vio las gotas de sangre manchar el blanco de la loza, se llevó el dedo a la boca de forma automática.

—¿Te has cortado? —preguntó Alanna a su espalda.

Grimm no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba ella ahí. Se giró mientras se levantaba, todavía con los pedazos de loza en la mano.

—Se me cayó el plato, lo siento —dijo sin pensar, mirando las botas de piel negra de Alanna.

—No pasa nada. Ven, deja eso y hablemos.

Llevaba la misma ropa que la otra noche y su pelo parecía igual de imposible. No obstante, parecía más relajada por su forma de mirarle, franca y con una leve sonrisa. Salieron de la casa por una pequeña escalera que había en el gran balcón del comedor y bajaron al claro del bosque. Un pequeño camino al lado de un arroyo se internaba en la espesura. Esta vez no iba siguiéndola, si no que ella caminaba a su lado, así que esperó a que iniciara la conversación.

—Ahora eres mi alumno; lo sabes, ¿verdad?

—Sí, maestra —respondió sin saber qué más decir.

—Llámame Alanna. Seré tu maestra, pero eres un ser libre. Nadie tiene derecho a privarte de libertad, ¿entiendes lo que te quiero decir?

—No muy bien —respondió él. Ahora ella parecía diferente, más accesible.

Alanna había olvidado que el muchacho había pasado media vida en un agujero, sin conversación ni compañía.

—Da igual. Solo quiero que sepas que no eres mi prisionero, eres mi invitado.

Quiso preguntar el motivo, pero no le pareció apropiado.

—Te estarás preguntando por qué, pero no lo haces porque no quieres parecer desagradecido, ¿verdad?

Grimm se limitó a mirar al suelo sin decir nada.

—¿Sabes lo que pasó ayer?

El chico notó que la piel le picaba y sintió el inicio de una erección. Espantado, evitó su mirada.

—Ayer dejaste de ser virgen. Una pena, porque los vírgenes tienen mucho valor. Pero lo que necesito de ti no es tu cuerpo, es otra cosa.

Escuchaba atento. Su cuerpo todavía recordaba el placer que esa mujer le había hecho sentir, y las sensaciones ahora lo acompañaban cada vez que ponía su mente a revivir esas escenas. La voz de Alanna lo atrapaba al recordar.

—Hasta ahora solo habías sentido dolor. Eso es lo que el viejo nigromante de Eworill quería de ti.

—Y tú, ¿qué quieres de mí? —preguntó, sorprendido al oír su propia voz.

—Placer y muchas más cosas que te enseñaré. Pero primero placer. Mucho placer.

Grimm volvió a sentir aquello. Su mente voló e imaginó a Alanna desvestiéndose ahí mismo y que repetían la escena de la noche pasada.

—Pero no aquí, si lo estás pensando. —Sonrió—. No deseo tu cuerpo, deseo tu placer.

El chico no entendió lo que estaba diciendo, y ella lo notó. Pararon. Se acercó a él y le tomó el rostro con las manos. De cerca, sus ojos le parecieron inmensas lunas. Sus labios húmedos se posaron en los suyos y sintió la punta de la lengua húmeda de Alanna. Cuando hizo contacto con su propia lengua, un chispazo, una sensación sin nombre, surgió de sus entrañas. Ella se separó de nuevo y tomó su mano, le cogió el dedo índice y se lo metió en la boca sin dejar de mirarlo. Fueron apenas unos segundos, pero una turbia mezcla de sensaciones hicieron que le flojearan las piernas.

Alanna le liberó el dedo y le susurró unas palabras al oído:

—*Āŋ ḍa-riribh a 'seattaiŋ eite.*

Parpadeó un par de veces porque creyó que algo le había entrado en el ojo. El sol había cambiado, y todo parecía teñido de color rosa, naranja... No, ámbar. Sobre ellos flotaba una neblina ambarina. Parpadeó y se frotó los ojos. Aquello debía de ser real; incluso podía olerla, dulce y pegajosa.

Ella le tomó de nuevo el dedo y lo volvió a chupar; esta vez, sintió la lengua de ella jugando con la punta. Sintió de nuevo aquella sensación, fuerte y poderosa. A su alrededor, el ámbar se tornó rosa y el vapor los rodeó por completo, aislándolos del exte-

rior. Temiendo ahogarse, aguantó la respiración, hasta que no pudo más e inspiró aquel denso humo. Olía a algo desconocido, intenso y picante, y le gustaba cómo le hacía sentir. Cuando ella le devolvió de nuevo su mano y dio un paso atrás, la neblina comenzó a disiparse.

—Eso es placer. Tu placer y el mío. ¿Lo has visto?

—Sí. Lo he sentido. Una bruma de color rosa, ¿o es ámbar?

—Son cosas diferentes. El rosa es placer, el ámbar... Bueno, ya aprenderás a diferenciar las emociones primarias.

Grimm asintió.

—Ahora voy a hacerte daño. Quiero que veas una cosa; prometo que luego te curaré. Sé que no tienes miedo, así que tómatelo como una lección práctica.

Grimm asintió de nuevo, expectante.

Alanna tomó su brazo y con las uñas trazó un surco rojo. Las clavó con saña. Lo miró y vio que Grimm ni se inmutaba; para él aquello resultaba poco más que una caricia.

—Me duele hacer esto, pero necesitas entenderlo.

Sacó un pequeño puñal de algún lugar de su vestido, y le hizo varios cortes en el brazo. Tuvo que hacerle cortes muy profundos, hasta que Grimm empezó a exudar de las heridas y de la boca una espesa y concentrada niebla negra. Alanna siguió cortando el brazo de Grimm, que sangraba con profusión. Grimm estaba acostumbrado a los cortes metódicos y seguros de su viejo amo, los cortes de Alanna eran imprecisos y le hacían perder más sangre. Pero el dolor seguía siendo el viejo y conocido dolor. Casi lo había echado de menos y sonrió cuando sintió de nuevo aquello, aunque ahora, rodeado de la niebla negra, la situación había cambiado. Aspiró la neblina oscura. Sabía a tierra, a oscuridad. Húmeda y fría, salada, pero intensa.

—Alanna limpió el puñal ensangrentado en un trozo de musgo y se lo guardó en el vestido.

El dolor seguía fluyendo de las heridas de Grimm, lo mismo que la sangre.

—Antes déjame que te cure o te desangrarás. *Beatha airson beatha, leanjnan mathair.*

Lo repitió varias veces, y en escasos segundos la herida de Grimm desapareció. La niebla negra se disipó. Entre ellos ya no había nada,

aunque alrededor de Alanna flotaba un pequeño cúmulo de colores. Grimm no se había fijado hasta ese momento, pero tenía la sensación de que siempre había estado ahí. Estaba vivo y fluctuaba por sí mismo. Acompañaba todos sus movimientos, y cuando ella hablaba, cambiaba ligeramente su textura.

Alanna sonrió y se tornó algo más verde. Cuando lo miró a los ojos, predominó un tono anaranjado.

—¿Qué es...? —comenzó a preguntar.

—Mi aura.

Grimm asintió, sin entender nada.

—La magia vive en nosotros, Grimm. Lo que ves ahora es gracias al primer hechizo que hice, cuando te susurré al oído. Te permite ver lo que yo veo, lo que cualquier mago entrenado ve sin necesidad de magia adicional. La magia nos rodea, es una fuerza viva que está en todos los seres. Incluso en las plantas y los ríos, aunque es mucho menos intensa que en los animales y las personas.

Grimm siguió con interés la explicación, sin interrumpirla.

—La energía de la magia son las emociones. El dolor y el placer son las más básicas. Tú nunca habías sentido un placer como el de ayer, ¿verdad?

—No —confesó Grimm.

—¿Qué recuerdas de tu infancia?

—Poco; primero el internado, y luego el maestro Darío.

Grimm le contó con voz queda su periplo por el internado y como el resto de niños lo acosaba sin que nadie interviniese para evitar los maltratos. No recordaba apenas a los adultos en esa fase de su vida, y el número de niños del que se podía acordar se reducía a media docena. Aunque los nombres y las caras de aquellos chavales se le escurrían en los recuerdos, no quería exprimirlos demasiado. No había nada que mereciese la pena ser rescatado de la sombra donde los había dejado. Las clases en el internado consistían en nombres y números y nunca se había interesado realmente en aprender, le parecía aburrido y monótono. Su mente estuvo más interesada en los pájaros del tejado que en los libros, pero al menos había aprendido a leer.

Recordaba mejor las torturas de maese Darío y la fina y brillante navaja que usaba para cortarle la piel e infligirle dolor. Alanna no quiso escuchar toda la sucesión completa de torturas a las que había

sido sometido.

—¿Y antes de eso?

Grimm ya no sabía si el recuerdo de su madre era producto de su imaginación, pero aun así se lo contó.

Cuando lo hizo, Alanna se detuvo y lo miró con seriedad. Su aura vibró intensamente, y Grimm casi sintió la presión de una fuerza invisible que le oprimía con suavidad. Pero Alanna no dijo nada, simplemente asintió. Pensativa, continuó caminando por el bosque hasta llegar a un lugar en el que la luz del sol apenas podía traspasar el denso follaje de las copas de los árboles. La luz tenía un tono verdoso, y el frescor del río que los acompañaba se hizo más evidente.

—Bueno, Grimm, ¿sabes ya qué quiero de ti?

—Mi placer, dijiste.

—Sí, pero aún no me has hecho la pregunta correcta.

—No sé a qué te refieres. Haré lo que me pidas, te debo la vida.

—No quiero tu vida, quiero tu confianza. Tu fidelidad, un compromiso.

—Ya la tienes, Alanna. ¿Qué esperas de mí?, ¿cómo puedo complacerte?

Para Grimm, aquella mujer ya estaba en el centro de su vida. Sus palabras y el misterio que había tras ella eran aún más poderosos que las sensaciones que había sentido por primera vez.

—Quiero tu placer y tu dolor. ¿Sabes por qué?

—No, pero los tendrás —Grimm estaba dispuesto a dejarse abrir en canal por aquella mujer. Ahí mismo. Confiaba en ella. Se arrodilló y esperó.

—Tienes mucho poder, Grimm. Por eso te usaba el viejo, para robártelo. Viste la esencia guardada en botes negros, ¿verdad?

—Sí —Grimm entendió entonces que los frascos contenían aquel vapor que salía de él cuando sentía dolor.

—Hay tres niveles de poder, Grimm. Cada nivel tiene una dualidad. Cuando te conocí, lo único que podías sentir, lo que habías sentido toda tu vida, era el dolor. El dolor es la emoción más básica, la más primaria junto al placer, que es su dual.

Grimm asintió. Algunas piezas comenzaban a encajar. Alanna siguió hablando.

—Por ello, el poder que generaba tu dolor era mucho más inten-

so que el de cualquier otra persona. Darío se hizo muy rico contigo, pero yo no quiero eso.

Grimm no se atrevía a preguntar qué quería ella. Aun así, confiaba ciegamente en su nueva maestra.

Alanna lo miró y lo hizo levantarse.

—Mañana empezaremos con la magia, pero hoy quiero enseñarte tu primer conjuro.

Grimm sonrió, aquello le gustaba de veras.

—La magia se basa en cuatro elementos; sin ellos, no funciona.

—Grimm estaba concentrado al máximo—. Poder, concentración, invocación y evocación. Los dos primeros son naturales, ya los posees. Los otros dos tendrás que aprenderlos. Mira mi mano derecha.

Sus dedos índice y pulgar se tocaban y el anular se apoyaba sobre el índice de una forma sutil.

—Copia los movimientos de mi mano derecha y repite estas palabras: *mhàthair, thoir dhomh solas na gealaich*.

De su mano brotó una luz tenue que iluminó todo alrededor.

Grimm lo intentó y no logró nada. Ella le corrigió la posición de los dedos y le indicó cómo debía pronunciar las palabras. El acento correcto requería práctica y era esencial, el sonido tenía que ser perfecto. La postura de los dedos, idéntica. No había espacio para el error. Tras la primera hora de continuas correcciones, Alanna parecía inquieta, contrariada de algún modo. Se separó de Grimm y le dijo que debía ausentarse durante un tiempo. Él podía volver a la casa siguiendo el camino del río cuando quisiera. Antón y el resto del personal de la casa estaban a su disposición, pero no debía salir de allí todavía. Su viejo amo, maese Darío, podía seguir buscándolo, y después del encuentro en el camino, otros problemas se podían presentar; por su seguridad debía permanecer en la casa, al menos de momento.

—Debo irme. Volveré en unos días. No dejes de practicar —dijo antes de disolverse en una niebla multicolor. No había pronunciado ningún hechizo, pero aun así, desapareció.

Grimm decidió seguir practicando mientras esperaba a la mujer. Deseaba aprender más, pero sentía que antes debía demostrarle que

podía ser digno de sus enseñanzas. Ensayó una y otra vez hasta que su mano derecha empezó a agarrotarse. Se hizo casi de noche y aún no había logrado ningún resultado. Ella no había vuelto, así que decidió regresar a la casa por si lo esperaba allí. En su mente, aquellas palabras y su peculiar sonoridad se repetían una y otra vez.

En el camino de vuelta, Grimm no dejaba de pensar que debía de ser un inútil y que nunca lograría hacer nada. Alanna estaba equivocada con él. Estaba roto por dentro, él lo sabía. No entendía por qué se tomaba tantas molestias. La noche se le echó encima antes de lo previsto.

Sin saber cómo ni cuándo, el camino se iluminó frente a él. De su mano derecha se proyectaba una tenue luz plateada. Centrado como estaba en reprocharse su torpeza, había estado repitiendo una y otra vez las extrañas palabras en su mente y reproduciendo de forma mecánica el movimiento con los dedos. Había debido de susurrar sin darse cuenta las palabras y, por fin, el hechizo había hecho efecto. Su primer hechizo.

CAPÍTULO ONCE

Sueños anónimos

Diminutos copos de nieve morían lánguidos sobre su piel. Buceando en aquella luz oscura, sus ojos parecían líquidos. Mientras, mis dedos quedaban atrapados en sus rizos y todos mis recuerdos se mecían, ebrios por su perfume. Toda mi vida comenzaba y terminaba ahí mismo, rodeado de niebla, oscuridad y copos de nieve calientes. Ella, yo y nuestra piel. La música a nuestro alrededor solo era un latido entre muchos, pero la existencia de todo lo demás era prescindible, daba igual. El tiempo no sabía cruzar aquella carretera que mis manos trepaban con habilidad. Nuestras bocas se encontraron y ya no hizo falta luz, ni música. Las yemas de nuestros dedos escucharon y se deleitaron en su viaje por nuestros caminos secundarios.

Todavía con los ojos cerrados y con mi nariz enterrada en su pelo, la tomé en brazos y giramos al ritmo de la música. No estaba acostumbrada a ser llevada en volandas, a dejarse llevar. Pero lo hizo, y su risa acompañaba cada giro, cada compás, hasta que nuestros pies dejaron el suelo y volamos junto a aquellos pequeños pétalos de hielo caliente. Debajo dejamos familia, amigos y deberes. Volamos hacia un refugio nocturno, nubes de algodón negro y sábanas de satén cromado.

La luna, cómplice de todos los amantes, fue testigo de cómo susurró mi nombre y de cómo la corriente se llevó todo lo demás. Un torrente juguetero de agua caliente y salada. De lágrimas y gemidos, de piel.

Y cuando llegamos al mar, nos esperaban las olas. Y allí, tumbados sobre la arena y con la tibieza de nuestra piel como único recordatorio de que todavía éramos humanos, la música se volvió a filtrar. Las estrellas guiñaron de nuevo y abrimos los ojos. Nos miramos y sonreímos como estúpidos por compartir nuestros nombres durante un momento eterno. Cuando nos volvimos a besar, ya éramos desconocidos otra vez.

Cuando Andelain desconectó el neurolink, sus ojos estaban bañados

en lágrimas indecisas, que todavía dudaban si desbordar sus párpados. Durante un momento pareció que nada ocurriría, pero el reflejo de un llanto arremetió y las lágrimas saltaron incontroladas hacia el vacío. Sola, en la oscuridad y en el más absoluto silencio, Andelain recordó aquel momento brillante e íntimo de su adolescencia. Entre lágrimas volvió a acariciar aquellos jirones de felicidad, de inocencia, cuando todavía creía en algo. Lloró en silencio durante minutos, en su desangelado apartamento.

«Sueños vívidos» los llamaban. Veneno para el alma. El único arte que había sobrevivido a la muerte definitiva del resto. El arte de rescatar emociones perdidas. La capacidad de traer vida a la muerte, aunque fueran unos minutos, unos minutos que jamás perdían color. No se parecía en nada a la vulgaridad anónima de un holovid. Las emociones, sus propias emociones. Le dolía reconocer que otra persona había sido capaz de revivir algo que ella ya había dado por perdido. Se había prometido a sí misma no volver a aquel sueño. Ariel de Santos, maldito. ¿Qué clase de persona era capaz de revivir semejante belleza?, ¿cómo se atrevía?

Como otras tantas veces, estuvo tentada de destruir el cristal donde se alojaba la copia de aquel sueño vívido. Pero no lo hizo, y no solo por su valor económico. Lo guardó de nuevo con cuidado en el estuche de terciopelo y suspiró. Tomó un vaso de cristal y se sirvió un trago de bourbon con hielo. Mientras esperaba a que el hielo ablandara un poco el sabor, miró por la ventana de su apartamento. En completo silencio, miles de diminutas luces de colores le recordaron que, al margen de su forma de vida, existía un mundo vibrante donde vivir no resultaba difícil. Tan solo exigía un precio: dejar de sentir. El trunk.

Hacía mucho que había dejado de huir. Desde la muerte de su hermana. Aquel reportaje fue el último de su carrera como periodista. Nadie quería saber que detrás del trunk estaba la mayor tasa de suicidios de la historia, multiplicando por varios miles la de hacía un par de siglos. El aumento salvaje de muertes en el primer mundo solo era una cara; la otra, el fuerte descenso de crímenes violentos y la desaparición de los problemas sociales. La paz tenía un precio, pero nadie quería conocerlo. El trunk contribuía a mantener el equilibrio social. La verdad era mucho peor que la ignorancia. No había víctimas ni verdugos. Todos caminaban juntos, de la mano,

hacia la autodestrucción.

¿De qué le servía ver la verdad con claridad? ¿Para qué quería ser más lista que los demás? ¿De qué le valía poder ver las debilidades del resto? Aquello que la aupaba en su profesión, la convertía en alguien peligrosa para los demás. Al final había optado por otras alternativas mucho más peligrosas, como los sueños vívidos, otras drogas sintéticas o la renuncia a tener un compañero en su vida.

Sabía que siempre estaría sola. Le dio un trago al whisky y se acordó de algo; sonrió con aquella verdad inesperada y las huellas de sus lágrimas, ya secas, fueron borradas por el maquillaje inteligente compuesto de cientos de nanobots sobre su piel.

Al otro lado del cristal, la vida bullía en la larga noche del invierno de Montreal.

CAPÍTULO DOCE

Espejos sin fondo

Cuando llegó a casa de Alanna se había hecho tarde. La luna mayor, Taal, de color azulado, estaba en lo más alto del cielo. La luna menor, Shui, de color ambarino, aún no había salido, y Grub, la pequeña esfera gris, ya estaba cerca de ocultarse en el horizonte por segunda vez. Aparecería al menos tres veces más antes del amanecer. Había aprendido a calcular la duración de la noche gracias a las tres lunas que se sucedían en diferentes intervalos. A pesar de la hora, Antón estaba esperándolo y le sirvió una cena fría con amabilidad y sin prisas. Cuando terminó, lo acompañó a su habitación.

No parecía que fuera la habitación de Alanna, sino una habitación pequeña y agradable, con una alfombra de piel, un tocador y una ventana que daba al bosque. Un cuadro, con el retrato de una Alanna algo más joven, presidía el cabecero de la cama, que parecía mullida y perfecta para dormir. Grimm se sentó en ella unos instantes, mirando al bosque iluminado ya en su totalidad por la luna amarillenta que reemplazaba poco a poco a su compañera azul. El bosque bajo ese color parecía más vivo que nunca. Las copas de los árboles se agitaron en una sinfonía silenciosa, y en la mente de Grimm flotaron sin sentido algunas de las palabras de los hechizos de Alanna que lo obsesionaban. Podía hacer magia, se repitió a sí mismo.

Sin darse cuenta, se quedó dormido sobre la cama, vestido. Despertó cuando la luz ya invadía sin contemplaciones la habitación. Parpadeó un par de veces y saltó del colchón. Se sentía descansado y lleno de energía.

Bajó tras refrescarse la cara en una jofaina de cerámica llena de agua que alguien había dejado en el tocador. Buscó con la mirada, pero solo encontró a Antón y a una chica joven que iba vestida con uniforme de servicio, similar al que llevaba el mayordomo. La chica bajó la mirada al verlo; Antón le indicó que su ama aún no había llegado, pero que podía desayunar.

Así lo hizo, ante la presencia de Antón y de la chica, que se limitó a llevar los platos de la cocina al comedor. Pensó que tendría su

edad; parecía muy joven, casi una niña, y Grimm no se sentía con autoridad para preguntar a Antón quién era, así que solo la observó. Aquella fue la primera vez que vio a una chica de su edad, y por la mirada de ella, la curiosidad era mutua.

Tras el desayuno no supo en qué gastar su tiempo, y pensó que internarse en el bosque sería buena idea, mientras esperaba a que su ama llegara; estaba deseando que le enseñara más. Practicó el conjuro que había logrado realizar, aunque no sabía con exactitud qué era lo que había funcionado la última vez. Estuvo un buen rato repitiendo las palabras y los gestos tal como los recordaba, pero no funcionó. Pasó horas intentándolo, hasta que desistió. Se internó entre los árboles y, sin pensarlo, las palabras y los gestos fluyeron de nuevo cuando lo necesitó para tener algo de luz entre la umbría que formaba una colina y la densidad verdosa del bosque. La luz lo envolvió de nuevo. Esta vez sí había entendido el porqué. Necesitaba visualizar el propósito, sentir que necesitaba la luz. Volvió a intentarlo y el brillo se hizo mucho más intenso. Esta vez lo consiguió a la primera. Decidió volver, el estómago le rugía de hambre; perdido en intentar desentrañar cómo funcionaba la magia, las horas se habían vuelto escurridizas. Al salir del bosque, el atardecer caía ya sobre el horizonte.

Regresó de nuevo a casa de Alanna, esperando encontrarla. Pero no estaba. El viejo mayordomo sirvió la cena con la ayuda de la chica, que todavía no había abierto la boca. Grimm se moría de curiosidad por conocer su nombre. No había nada especial en su rostro o en sus ojos claros, ni en su forma de moverse, tímida y esquiva. Su pelo, ni muy largo ni corto, estaba entre el rubio y el gris, y sus cejas, algo más oscuras que el cabello, eran gruesas y realzaban aún más unos ojos de un azul pálido, grandes y profundos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Grimm por fin cuando la chica servía una bandeja de comida a su lado.

—Nikka —respondió ella con una sonrisa, evitando mirarlo de forma directa. Sin embargo, capturó sus ojos en línea recta hacia los suyos durante unos segundos a través de uno de los espejos del comedor. Luego retiró la mirada, nerviosa.

—¿Eres familia de Alanna? —preguntó con cautela.

—No. Trabajo con mi tío Antón —respondió con voz clara y

débil, cerca del susurro.

Al retirar una jarra de agua, el brazo de ella rozó el hombro de Grimm, y por primera vez, este adquirió consciencia del cuerpo de aquella chica. Bajo la blusa había un cuerpo cálido. La chica, sin percatarse de la reacción del muchacho, se volvió a la cocina para llenar la jarra. Grimm miró a su alrededor, Antón había desaparecido. Estaba confundido por lo que sentía. Pensaba que esa sensación solo se daba entre Alanna y él, pero Nikka había despertado la misma burbujeante sensación en sus entrañas. Deseaba volver a verla y esperó a que apareciera de nuevo por la puerta, pero no regresó. Terminó de cenar y subió a su habitación, deseando hacer algo útil.

A la mañana siguiente volvió a repetirse la rutina. La dueña de la casa tampoco había aparecido. Tras desayunar, preguntó a Antón si sabía cuándo volvería Alanna, pero el hombre no tenía más información que Grimm, aunque sí algo más de experiencia. Alanna se ausentaba a menudo y pasaba poco tiempo en la casa. A veces, pocas, permanecía durante un par de días, pero no más. Antón ya estaba acostumbrado. Grimm no sabía qué se esperaba de él, así que hizo lo único que podía hacer: practicar el único conjuro que le habían enseñado. Volvió al bosque y esta vez no le costó repetir las palabras y los gestos para crear la luz de la nada. Lo repitió una y otra vez hasta que sintió que lo dominaba. En medio de una claridad mágica, sumido en la espesura del bosque, Grimm se preguntó qué más podría hacer, y se sorprendió al recordar con claridad las palabras de algunos otros conjuros que había escuchado a Alanna. Su memoria siempre había sido excepcional. Los pocos recuerdos que tenía los había exprimido durante meses en el encierro del pozo. Acostumbraba a registrar todo con avidez para poder recordarlo luego en su soledad. Ese hábito se había aferrado a él, de forma que con poco esfuerzo podía recordar hasta el más mínimo detalle de las cosas que le interesaban. Probó el conjuro que hizo en el bosque. De los otros que recordaba no había visto la posición de las manos. En este, las palabras salían con facilidad:

—*Áŋ ḍa-rìribh a 'sealltaiŋ eile.*

Para aquel conjuro debía colocar los dedos de una manera diferente, mucho más difícil. Tan solo había observado a Alanna invo-

carlo una vez y no prestó la atención debida. Ahora había ciertas lagunas en sus recuerdos, cosas que tendría que descubrir él solo, pero tenía tiempo. Estuvo practicando durante horas, sin éxito. Cuando se percató que, de nuevo, la noche ya había cegado al día, las manos le dolían por el esfuerzo de llevar al límite la elasticidad de sus dedos. Volvió pensativo a casa, iluminando su camino con la única magia que conocía. Al salir del bosque observó el edificio desde lejos, y al ver luces en varias habitaciones, sonrió: Alanna había vuelto.

Entró en el salón y allí estaba ella, sentada en una de las butacas, como si supiera que iba a entrar en cualquier momento. Sonrió mientras sostenía una copa de vino en la mano. Una bruma luminosa brillaba alrededor de ella, con fuertes tonos rosas y amarillos. El conjuro había funcionado.

—Hola de nuevo —dijo Alanna con una media sonrisa dibujada en su rostro.

—Hola —contestó Grimm, todavía pensativo. Se sentó frente a ella, en otra butaca.

Antón, que servía en ese momento una bandeja de canapés salados, saludó al chico con la mirada. Él no tenía ningún brillo, ni había rastro de luces de colores a su alrededor, tan solo una ligera neblina grisácea. Nikka hizo su aparición; bajó la mirada al suelo al ver a Grimm y se llevó un vaso vacío de vuelta a la cocina. Ella tampoco tenía aura, aunque su rastro gris se veía más pálido e intenso que el de Antón.

A Grimm no le importaban los silencios, y tuvo que ser Alanna quien volviera a la conversación.

—¿Has estado practicando?

—Sí, pero no he logrado hacer gran cosa. Solo sé hacer luz.

—¿El conjuro *gealaich*?

A Grimm le sonaba la palabra. Formaba parte del conjuro; sin pensarlo mucho, movió arriba y abajo la cabeza.

—Ese es fácil, podemos probar algo mejor —dijo, y sonrió pensativa.

Antón ignoraba la conversación, aunque observó que Nikka prestaba atención a lo que decían desde el fondo de la cocina, en parte oculta por el marco de la puerta. Alanna observó con curiosidad a Grimm sin que él se diese cuenta.

—Estoy cansada del viaje. Antón, dile a Nikka que prepare el baño. Mucha espuma, y bien caliente —dijo, sacándose las botas de montar y frotándose los pies.

—Hace días que te espero. ¿Siempre es así? —preguntó Grimm. Por su cabeza se le pasó la idea de arrodillarse y frotarle las plantas de los pies a Alanna, pero por alguna razón no lo hizo.

—Sí. Me gustaría pasar más tiempo aquí, pero hay que ganarse la vida.

—¿Ganarse la vida?

—Sí. Poner comida encima de la mesa, fuego en la chimenea y tener la tranquilidad de poder vivir apartados de todo. Sin que nadie nos moleste. Eso tiene un precio.

—No sé nada de todo esto, lo siento —susurró Grimm.

—Lo sé, y no te preocupes por ello de momento. Ya lo irás aprendiendo.

Alanna se quedó mirando a Grimm sin decir nada. Por su expresión, debía de estar pensando muchas cosas. Pero Grimm no podía descifrar lo que se deseaba de él. Ni siquiera cuando sonrió y entreabrió los labios al beber de la copa de vino. Un hombre experimentado habría adivinado el significado de la sonrisa, aunque aquella inexperiencia era lo que más le gustaba a Alanna del chico.

Pasaron muchos minutos antes de que nadie rompiese el silencio. Un silencio que a Grimm no le incomodaba y del que Alanna parecía disfrutar. Cuando Antón informó a Alanna de que el baño estaba listo, ella saltó del asiento, tomó la mano de Grimm y lo arrastró escaleras abajo. En la gran sala de piedra, ya familiar para el chico, el bosque detrás de los dos grandes ventanales se agitaba vigorosamente por el viento. La luz ocasional de un relámpago eclipsaba la tenue luz de los cientos de pequeñas velas que iluminaban la estancia. En la piscina, un continuo halo de vapor emanaba del agua. Una espesa espuma blanca se levantaba allí donde la madera, la piedra y el agua se juntaban, en los bordes. De pie, esperando, estaba Nikka. A pesar de la penumbra y del viento que se oía en el exterior, la sensación de calor y paz que reinaba en el lugar era abrumadora.

El vestido de Alanna esta vez no tenía botones, sino un simple cierre que Nikka soltó con presteza. Alanna se desprendió de él y entró con agilidad en el agua, bajando unos escalones hasta que le

llegó a las caderas. Desnuda y con el rostro iluminado por ambos lados por la tenue luz anaranjada de las velas, Grimm oyó que susurraba su nombre. No fue consciente de que Nikka empezó a desvestirlo. Era la primera vez que alguien lo ayudaba a quitarse la ropa y se sintió torpe. Cuando se quitó los pantalones, se sorprendió de su erección. Todavía no sabía cómo funcionaba aquello. Miró a Nikka y notó que subía calor a sus mejillas. Sonrió y metió con algo de torpeza el pie derecho en el agua. A través de la espuma podía ver los pequeños escalones que brillaban de forma tenue. El agua estaba muy caliente. Alanna ya se había sentado y el fluido le cubría justo por debajo de los hombros. Le indicó que se sentara a su lado y eso hizo.

Notó la mano de ella sobre su entrepierna y sintió una oleada de placer que lo hizo agitarse y gruñir. Nikka los observaba, no con curiosidad, si no como quien debe prestar atención por si es necesaria su ayuda.

Alanna tomó su mano derecha y se la llevó hasta rebuscar algo entre sus piernas. Bajo el agua, su vello púbico estaba suave, y pronto encontró la carne, sedosa. Ella respondió con un suspiro. Grimm continuó con el juego, esperando a que Alanna dijera lo contrario. De vez en cuando le guiaba el dedo anular. Él se dejaba enseñar, obediente, buscando agradarla, interpretando sus suspiros y acompañando el suave vaivén de su cuerpo. No tuvo que esperar mucho; ella se apartó y apoyó la espalda contra la piscina, frente a él.

—No te has olvidado de cómo se hace, ¿verdad? —preguntó.

—Creo que no. Es fácil.

—Tienes buena memoria, muy buena memoria. Quién diría que nunca habías tocado antes a una mujer.

Grimm no supo qué decir; lanzó una mirada rápida a Nikka, y Alanna, que estaba esperando a que lo hiciera, lo pilló en el proceso. Cuando Grimm volvió a mirar a su ama, esta estaba sonriendo.

—¿Te gustaría que la chica se bañara con nosotros?

Grimm calló. No sabía lo que quería. Aquella sensación indefinible que flotaba en su estómago a veces le apremiaba a sentir y, en otras ocasiones, inflamaba su imaginación. Cerró los ojos y respiró. No supo qué responder.

—Nikka, desnúdate y entra en el baño con nosotros —ordenó

Alanna.

La chica obedeció, sumisa. Grimm no perdió la atención ni un instante. Su cuerpo no se parecía demasiado al de Alanna; era delgado y de curvas sutiles. Ni sus caderas ni sus pechos tenían la misma rotundidad. Sus piernas, fuertes, no eran tan estilizadas como las de su ama, pero su frágil torpeza le hizo sentir algo familiar a Grimm. La chica entró en el baño y se detuvo a unos metros de Alanna, esperando instrucciones. Su piel blanca relucía sin una marca, sin cicatrices. Sin lunares ni pelo, excepto el tímido y escaso vello rubio entre las piernas. Grimm volvió a prestar atención a su anfitriona.

—Nikka, masajea el cuello de Grimm, como te enseñé —ordenó la dueña de la casa con suavidad, casi más como un deseo que como una orden.

Nikka se acomodó detrás de Grimm abriendo las piernas, apretando su cuerpo contra el del muchacho. La piel de sus muslos le rozó las caderas. Pronto sintió sus manos sobre la espalda y el cuello.

—Relájate y disfruta. Nikka es una experta, hace unos masajes increíbles. Cierra los ojos. —Hizo una pausa y luego susurró—: *Soul na coille Nymphs, thoir mo chluasaí.*

Grimm comenzó a escuchar el sonido del bosque. Pájaros y el arrullo del agua al caer pendiente abajo. Sintió el olor limpio e intenso de los árboles y creyó escuchar voces femeninas cantando en la lejanía. El tacto de las manos de la chica en su espalda se transformó pronto en puro placer. Un placer diferente del que había sentido antes con Alanna, más pausado y sutil. Aún no tenía nombre para todo aquello, pero se prometió que lo averiguaría.

Sintió unos dedos sobre su boca y abrió los ojos. Alanna estaba ahora casi delante de él. Notaba su aliento, y también el de la chica detrás. Los ojos de Alanna brillaban en silencio. Jadeaba. Luego empezó a susurrar. Su mano derecha repetía un símbolo. Su mano izquierda, que había estado sumergida hasta ese momento, emergió y repitió el mismo símbolo que había hecho con la otra mano.

—*Thoir dhomh aṅ tlachd agus am tilleadh gu mo ghearaí.*

A Grimm le sonaba familiar. Titubeó y luego sacó sus propias manos e imitó el símbolo. Alanna sonrió al verlo e hizo un gesto con la mirada a la chica que estaba detrás. Nikka pegó su cuerpo

desnudo al de él y sintió los pequeños senos aplastándose contra su espalda. Las pequeñas manos de la muchacha también bajaron y empezaron a acariciarle de forma rítmica el sexo. Empezó a besarle en el cuello, y Grimm cerró los ojos, incapaz de contener aquellas oleadas de placer. Su mente se escurría, líquida. Alanna susurró delante de él mientras sus ojos se entornaban y se le aceleraba el pulso.

—No te distraigas, mantén las manos y repite conmigo: *Fhoir dthomh an tlachd agus am tilleadh gu mo ghean...*

Él lo intentó. Una y otra vez lo repitió al ritmo del vaivén de las caricias de la chica. No pudo repetirlo más de seis o siete veces; un huracán de fuego lo atravesó, y gimió mientras su cuerpo llegaba a un violento éxtasis. Su visión se nubló y solo pudo ver y respirar una neblina anaranjada. Cuando terminó, la chica se retiró despacio, sin brusquedad.

Alanna observó con curiosidad su reacción. Los ojos de la mujer seguían brillando, pero ahora con una expresión diferente. Estaba complacida, pero había algo más.

—Gracias —susurró Grimm, lleno de energía. Sentía como si pudiese volar.

—Lanza ahora el conjuro que conoces, el de la luz —sugirió, impaciente.

Grimm titubeó, todavía confuso por la marea de sensaciones que le embargaba. No se podía quitar de encima el recuerdo de la piel de Nikka contra la suya. Titubeó y repitió mecánicamente: « *Án da-rìribh a 'sealltainn eile...* ».

Al instante, una fuerte aura de luz multicolor rodeó a Alanna. Ella sola iluminaba toda la estancia, sin necesidad de velas. Por añadidura, estas, además de su luz natural, emitían una fina neblina gris, casi invisible bajo la intensidad de la luz de Alanna. Miró sus propios brazos: una pelusilla etérea, una fina luz blanco azulada, emanaba de su piel. Se giró y observó a Nikka, que con el cuerpo mojado y el rostro sereno seguía a la espera de nuevas instrucciones. De su frágil cuerpo brotaba una luz tenue muy similar a la de Grimm.

—Vaya... Un hechizo de aura. Aprendes muy rápido, Grimm —dijo Alanna, sorprendida y también complacida.

Grimm no estuvo seguro de por qué había utilizado aquel conju-

ro. Le habría gustado preguntar algo más, pero Alanna lo desconcertaba. Se encontraba más a gusto con Nikka y su mirada serena. Las observó a ambas. El tono del aura de Nikka se parecía mucho al suyo, diferente del colorido arcoíris de Alanna.

—¿Quieres quedarte a solas con ella? —preguntó la mujer, sin inmutarse. Un observador neutral habría detectado algo más en su forma de hablar, algo demasiado sutil para Grimm.

—No, es que... No entiendo. ¿Por qué tú tienes aura y nosotros no?

El rostro de Alanna cambió. Perdió la sonrisa y se tornó más serio. Dudó, y finalmente se sentó en el borde de la piscina. Indicó a la chica que le trajera un albornoz. Se tomó su tiempo para contestar a Grimm, que aguardaba nerviosamente. No había querido salir del agua, se sentía demasiado vulnerable y sabía que aquella pregunta había abierto una puerta que ya no se podría cerrar.

—Bien. Vas muy rápido, Grimm, pero quizás sea mejor así. —Suspiró mientras se tapaba con el albornoz que le había traído la chica—. No ves aura en Nikka, ni tampoco en ti mismo, ni la verás en Antón, porque... —Dudó—. No tenéis alma.

Grimm tragó saliva y sintió que algo oscuro y frío caía dentro de él. No supo reaccionar. Alanna esperó unos minutos; luego se fue, llevándose con consigo a Nikka, se despidió con un lacónico «ya hablaremos mañana por la mañana» y dejó a Grimm a solas, todavía dentro del agua, más confuso que cuando había entrado.

Grimm tardó un buen rato en entender que aquella noche sería larga y que no tenía más remedio que esperar al día siguiente. Toda la energía que se había acumulado en él en la piscina bullía bajo su piel. Atrapada y furiosa. Se vistió y subió hasta su habitación sin encontrarse con nadie. Sintió la tentación de salir al bosque y gritar. Encender la noche con la única magia que conocía, iluminarla hasta hacerla arder.

Grimm apenas pudo dormir. Su cabeza daba vueltas en torno a lo mismo: ¿por qué no tenía alma?, ¿acaso no podía sentir y sangrar?, ¿su dolor no era igual que el de los demás?

Cuando logró conciliar el sueño, las luces de colores le dieron la bienvenida con su habitual murmullo apagado, como susurros en la oscuridad.

CAPÍTULO TRECE

La muerte no es el fin

Cuando se despertó, la mañana estaba ya bien avanzada. Se levantó de un salto, rogando porque Alanna siguiera en la casa. Bajó las escaleras como una exhalación, todavía en ropa de cama. Sorprendió a todos: Antón, Nikka y Alanna, que leía un libro cómodamente sentada en el sofá, mientras la chica le masajeara los pies. Todos lo miraron extrañados.

—Buenos días —dijo Alanna con su habitual sonrisa indescifrable.

—Pensé que igual ya no estabas —se excusó Grimm.

—No. Tenemos que hablar —replicó Alanna, ignorando el silencio de los otros habitantes de la casa.

—Sí, me gustaría. Llevo toda la noche dándole vueltas —dijo. No sabía dónde mirar, la presencia de Nikka y de Antón lo incomodaban por algún motivo.

—Vístete y demos un paseo —sugirió Alanna.

Al rato, ambos caminaban por el bosque cercano a la casa. Alanna no decía nada, esperaba con paciencia a que Grimm iniciara las preguntas. Así transcurrió un buen trecho del camino, hasta pasado el arroyo que conocía Grimm. Se adentraron más allá, explorando nuevos senderos. Alanna estaba a punto de romper el silencio, pero Grimm se decidió a hablar antes.

—¿Quién soy?

—Un huérfano.

—Eso ya lo sé, pero...

—Supongo que lo que quieres preguntar es sobre tu alma, ¿verdad?

Grimm asintió.

—Los huérfanos no tenéis alma. Sois diferentes.

Tardó unos segundos en recomponer las preguntas que tenía en la cabeza; mientras, Alanna aguardaba con una sonrisa.

—Pero... Yo recuerdo a mi madre. Tuve una madre, como todos. Ella murió... —dijo, casi implorando una explicación.

Alanna se detuvo de golpe y lo miró a la cara. En su rostro había

lástima, pero aquella expresión era nueva, parecía vieja y vulnerable. A Grimm no le gustó.

—¿Qué pasa? —preguntó Grimm.

—Debe de ser duro tener recuerdos tan brutales. Supongo que por eso te guía el dolor.

—Hasta conocerte no había sentido otra cosa —dijo; pateó una piedra del camino y evitó confrontarla con la mirada.

—El viejo lo sabía, por eso te eligió, ya te lo dije. Pero también lo hizo porque eres un *deònach*.

—¿*Deònach*?

—Significa que no tienes alma inmortal. Que solo puedes morir una vez —respondió Alanna, pendiente del camino y consciente de la seriedad e importancia de sus palabras.

—Y tú... —dudó Grimm.

—Yo tengo un alma inmortal. Si muero, renazco —contestó rápidamente Alanna. El chico se tomó su tiempo para responder.

—Pero... ¿Tú también puedes sentir dolor?

—Y placer, como bien sabes. —Sonrió con una mezcla de compasión y dulzura. Otra expresión que Grimm desconocía en la dura Alanna.

Grimm paró de andar. Tenía muchas preguntas, cada vez más. En su cabeza todo iba demasiado rápido. Eran demasiadas cuestiones. Sintió que se mareaba y que todo daba vueltas a su alrededor, como si se desenfocara la realidad. La energía todavía le picaba por debajo de la piel.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, más allá de la simple curiosidad.

—No. No me encuentro bien. —Respiró.

—Estás lleno de energía. Ayer llenaste tu cuerpo de poder, de *cumhachd sònraichte*, estás sobrecargado. Lanza un conjuro, el del aura. Te aliviará. Repítelo varias veces en tu mente antes de vocalizarlo y activarlo con los dedos. Será todavía más poderoso.

Así lo hizo Grimm. En su cabeza, lo repitió una y otra vez hasta que al final lo musitó en voz baja. Sin embargo, sintió que el aire vibraba alrededor de él. La realidad cambió progresivamente, y el aura colorida y brillante de Alanna surgió de la nada. También lo hizo el brillo opaco de las piedras del camino y el de los árboles. Y más allá, hasta perder el horizonte de vista, todo adquirió la tonali-

dad grisácea de su propia aura. Los pájaros en el cielo, las ardillas y los conejos. Hasta los peces, bajo el agua, tenían ese gris pálido. Sin embargo, su mirada ascendió atraída por un pájaro en lo alto. Su aura estaba llena de colores vivos y cambiantes, como los de Alanna.

—Un águila —señaló Alanna, que siguió con la mirada el objeto de atención de Grimm—. ¿Qué le pasa?

—Tiene aura. El resto de los animales no. ¿Por qué?

—A veces, cuando nos reencarnamos, podemos elegir un animal. O puede ser alguien que ha transformado su cuerpo con magia.

—¿Se puede hacer eso? —preguntó sorprendido Grimm—. ¿Puedes convertirme en águila?

—Sí, pero es difícil. Se requiere mucho poder. Además de conocer el conjuro exacto. Hay miles. Yo solo conozco algunos, convertirme en animales no es algo que me atraiga. Pero tú podrías aprender si quisieras.

—¿Sí?

—Antes tienes que aprender muchas otras cosas, como defenderte a ti mismo. ¿Te acuerdas de los hombres que nos encontramos en el cruce de caminos?

—Sí —respondió Grimm sin dejar de admirar el águila, que parecía que los observara desde lo alto.

—Si esos hombres te hubieran matado, ya no existirías. Tu ser desaparecería, para siempre.

Grimm no replicó. El rostro de su ama mostraba seriedad y concentración.

—¿Puedes enseñarme más magia? —preguntó Grimm—. Para defenderme.

—Lo haré. Por el momento quiero que cuides de Antón y Nikka, ellos no pueden hacer magia; no como tú al menos.

—¿Por qué? —Grimm tenía miedo de que Alanna se cansara de contestar tantas preguntas. Sin embargo, debía aprovechar que estaba tan receptiva antes de que desapareciera otra vez.

—Porque no tienen tu fuerza, Grimm; la fuente de tu *cumhachd sònraichte* es muy poderosa. Y todavía estás en la primera esfera.

—¿Esfera? —preguntó Grimm.

—Vamos demasiado rápido. —La expresión de Alanna se cerró y volvió a ser la mujer dura e insondable. Miró a su alrededor y su gesto cambió de nuevo.

Miedo. Grimm podía reconocerlo, olerlo, era tan familiar como el aire.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmado.

Pero ella no contestó. Sus labios se movieron en silencio, hasta que, finalmente, murmuró algo casi inaudible:

—*Falaich do smior, am falach agad dath agus do fhìrinn.*

Grimm no sintió nada excepto unas potentes vibraciones sordas a su alrededor.

—Vuelve a casa. Rápido. Y no mires atrás —ordenó Alanna, cuyo aura se volvió débil y casi descolorida.

—Pero...

—¡Corre! —chilló Alanna.

Grimm corrió sendero abajo tan rápido como pudo, en dirección a la casa. Le hizo caso y no miró atrás a pesar de su irritante curiosidad. Ya internado en el bosque escuchó gritos en la lejanía y un gran estruendo. A lo lejos, una nube de humo negro presagiaba algo malo. Sin dejar de correr, llegó a su refugio. No miró atrás ni una sola vez en todo el camino, solo prestó atención a no tropezar y a correr lo más rápido posible. Cuando llegó, jadeando, Antón lo miró como si nada hubiese pasado. Nikka seguía de pie, esperando, tal como la recordaba. Serena y calma. Ninguno sentía nada de lo que él tenía en el pecho: angustia y algo más, sin nombre. Sin embargo, sus auras vibraban con la misma tonalidad grisácea que la suya, ajenas a todo.

—Alanna se ha ido —dijo con voz seca Grimm.

—Volverá —respondió Antón mientras limpiaba una copa con un trapo, sin siquiera mirarlo.

Observó a Nikka y ella le devolvió la mirada. Definitivamente no era como Alanna, pero necesitaba compañía. Ya no quería estar solo. Nunca más.

CAPÍTULO CATORCE

Nikka

Pasaron los días y las tardes sin noticias de Alanna. A pesar de las preguntas de Grimm, Antón no fue capaz de concretar cuántos días podría tardar en volver. A veces eran dos, a veces más. Pero el número se escurría en la memoria del mayordomo, que mostraba una sonrisa de complacencia. Grimm no supo si se trataba de estupidez o de una pulida inteligencia, pero el mayordomo tenía una manera sutil de zafarse de todas sus preguntas.

Los días se sucedieron monótonos, y las noches, calurosas y húmedas. Sin nada que hacer, Grimm volvía su mirada cada vez más a lo que le rodeaba. Dominaba ya los conjuros que sabía y conocía todos los recodos del camino hasta llegar al río. Pero tenía miedo de ir más allá. Algo lo retenía y sentía que debía esperar. Evitaba con temor las grandes preguntas sobre el propósito de una vida sin alma.

Antón iba todos los días al mercado a comprar provisiones y volvía cargado transportando los víveres en una carretilla. Por lo que pudo averiguar, Nikka tenía órdenes de no salir de la casa. De alguna manera, Grimm adoptó las mismas prohibiciones que ella. Sin embargo, pensó que si él podía pasear por el bosque, ella también podría. Desde que Alanna desapareciera, la chica no le había vuelto a dirigir la palabra. No lo evitaba, tan solo estaba allí, ayudando a Antón a mantener la casa en condiciones, observando el sol ponerse tras el horizonte y esperando a que las lunas se alternaran en el cielo. Igual que él. Cuando lo sorprendía observándola después de un largo rato recorriendo su cuerpo con la mirada, ella se limitaba a sonreír y volvía a sus cosas. Una tarde, después de tomar el té, esperó pacientemente a que Nikka fijara su vista en él, y cuando lo hizo, avanzó hacia ella sin dudar.

—¿Te apetece dar un paseo por el bosque? —preguntó Grimm con reservas.

—Sí —contestó ella, sin añadir nada más. Luego sonrió, casi igual que siempre.

Salieron de la casa. Antón no alteró su rutina habitual y se limitó a informarles de que la cena sería a las nueve. Con Nikka a su lado,

caminaron primero por el sendero que salía de la casa y luego por el bosque. Sin hacer preguntas. Cuando llegaron a una espesa umbría dentro del bosque, donde una luz escasa teñía el aire de verde, Grimm se detuvo. La chica lo observó con curiosidad, pero sin inquietarse, como si la confianza total que depositaba en Alanna se hubiera transferido a Grimm.

Sin saber muy bien por qué, Grimm le apartó un mechón de pelo rubio de la mejilla y se lo puso detrás de la oreja. Sintió la suavidad eléctrica de aquella piel. Sus ojos brillaron un poco más durante unos instantes, y por primera vez en todo aquel tiempo juntos, se fijó en lo hermosos que eran sus labios sonrosados.

—*Áḡ ḏa-rìribh a 'sealltainn eite* —musitó Grimm, lanzando el hechizo de aura.

Una luz tenue, como si fuera niebla luminosa, inundó la penumbra. La misma luz que surgía de los árboles y las piedras los bañaba a ellos. Aquella niebla parecía brotar de los poros de su piel.

Ella estiró los brazos y le tocó la piel con los dedos, intrigada por aquella luz. Esta vez, sin Alanna delante, se atrevió a hacer una pregunta.

—¿Qué es esa luz... que brota de nosotros?

—Nuestra aura. O la falta de ella.

—¿Falta?

—Somos seres sin alma, Nikka. Como las piedras y los árboles.

Nikka dudó. Como si las palabras rebotaran en una corriente de agua helada sobre unas piedras llenas de musgo. Hizo un esfuerzo para ir más allá y le contestó.

—Eso no puede ser cierto, Grimm, yo... Mi padre... —susurró, pero Grimm la cortó.

—Estabas allí también cuando lo dijo Alanna, sabes que no miento. Mira, nuestra aura es igual que la de las piedras —dijo Grimm señalando a su alrededor.

Observaron el entorno; en la penumbra flotaba una niebla gris bajo la tenue luz del sol tintada de verde. La piel de ella parecía brillar. Grimm imaginó su cuerpo desnudo. Tras unos segundos elaborando aquel pensamiento, ansió su calor. Pero no sabía, ni se imaginaba, cómo podría pedirselo o si podía hacerlo.

No hizo falta, Nikka supo interpretar aquella mirada y empezó a desabotonarse la blusa. En el proceso dejó uno de sus hombros

desnudo a la vista de Grimm. Su blanca carne parecía algodón bajo la pelusilla de luz gris. Alargó la mano y le acarició la piel. Al contacto era todavía más aterciopelada y cálida de lo que imaginaba. No dejó que ella siguiera aflojando la blusa. Le tomó el rostro con las manos y la miró fijamente a los ojos. Ella le devolvió la mirada en silencio. Sus labios, rosas y entreabiertos, lo incitaron a besarla. Su cuerpo delgado y frágil se adivinaba bajo la abertura de la blusa, ya casi abierta. Ella esperó a que se decidiera, sin prisa.

Puso las manos sobre las de él. Estaban ardiendo. Sus pupilas se dilataron apenas unos instantes antes de que él decidiera besarla. Cuando lo hizo, fue un beso breve. Sus mullidos labios apenas reaccionaron. Los sintió muy diferentes de los de Alanna, voraces. Contuvo el deseo que nacía en él. Había aprendido esa palabra de Alanna y le gustaba su sonido. Evitó que sus manos bajaran por el cuello de la muchacha, sabía que acabarían encontrando el resto de su cuerpo. Desvió los pensamientos de sus piernas y lo que ocultaban entre ellas.

Dio un paso atrás y respiró fuerte. A su alrededor, una neblina rosada los rodeaba. Ella parpadeó un par de veces y le soltó las manos.

—¿No te gusto?

—Mucho. Pero no estaría bien.

Nikka lo miró sin decir nada. Como si no mereciera la pena hacerse preguntas, esperando en su lugar una respuesta. Sin prisa. Tras unos segundos absorta, su expresión se hizo más dura.

—Se lo debemos a Alanna. No estaría bien —replicó Grimm.

—¿Necesitas su aprobación? —preguntó Nikka.

Aquella pregunta tan brusca lo cogió por sorpresa. No esperaba que Nikka fuera tan directa. La neblina rosada se disipó y la chica empezó a abrocharse la blusa de nuevo. Grimm tuvo que hacer un esfuerzo serio por no acercarse y besarla, esta vez, de otra manera. En vez de eso miró al suelo.

—Puede que sí. Le debo la vida y todo lo que tengo. No querría hacer nada que la contrariara.

—¿Y por qué crees que no le gustaría? —pregunto Nikka con voz neutra.

Grimm dudó. Era una buena pregunta. Y no tenía una respuesta, ni buena ni mala. Prefería esperar, hablar de nuevo con Alanna y

entender mejor su situación.

—¿Tú también estás sola? —preguntó esta vez Grimm.

Ella no contestó.

—Me he pasado la vida solo, y ahora que alguien se preocupa de mí, no le fallaré. Aunque no sea necesario —dijo Grimm.

Nikka sonrió como si le gustara lo que acababa de escuchar. Lo tomó de la mano y lo condujo de vuelta a casa. En ese momento, Grimm pensó que quizás la chica conocía el camino mejor que él.

CAPÍTULO QUINCE

Juego de espías

Se habían escrito muchos libros sobre los espías a lo largo de los últimos siglos. Pero pocas veces había leído nada parecido a su día a día. El trabajo de un espía, o de un data sapper como ella, podía parecer similar para un lego. Ella recababa información para desestabilizar el mercado y asestar un golpe al competidor de su empleador de turno. Había trabajado para todas las grandes corporaciones y, precisamente, esa neutralidad ética le permitía aceptar cualquier encargo. No había rechazado muchos proyectos, aunque tampoco podía permitirse hacerlo muy a menudo. Nunca sería la mejor, ni la más solicitada, y conocía bien sus limitaciones, pero seguía siendo la data sapper más antigua en activo, y eso significaba una sola cosa: experiencia. En el mundo cambiante en que vivían, nada sólido sustentaba el día a día. Solo una cosa garantizaba algo: haber vivido muchos cambios. Y Andelain los había sufrido.

Viajar siempre fue su talón de Aquiles. No le gustaba dormir fuera de casa. Odiaba despertarse en un lugar aséptico y frío. Había viajado demasiado en el pasado y su aguante con las personas nuevas había sufrido el mismo hastío. Su especialidad siempre fue la red, donde no le importaba tratar con desconocidos. Pero quisiera o no, tenía que salir de su zona de confort cada vez que aceptaba un nuevo trabajo. Cada semana debía comunicar a su enlace cómo se desarrollaban las pesquisas. Pocas veces resultaba fácil hacer llegar esa información, nunca había sido sencillo y casi nunca utilizaba la red para ello. Por eso en aquel momento esperaba paciente, escuchando a través de las paredes la música amortiguada del local, encerrada en un cubículo forrado de terciopelo rojo. Conocía el lugar gracias a su último exmarido. Había estado allí hacía cuatro años. La idea había partido de él. Un lugar para encuentros fortuitos, vedado a la tecnología. Un *lowering*, donde los holos corporales no funcionaban, ni tampoco los implantes. Los pods se tenían que desconectar y el local entero funcionaba como una jaula de Faraday. Había detectores ocultos a cada metro y la multa por intentar utilizar cualquier aparato más complicado que un mechero

de pedernal resultaba escandalosa. El lugar tenía muchas trampas, y las más anónimas de todas eran las cajas de piel muda, como aquella donde estaba. La pared, que tenía el tacto de un terciopelo caliente y viscoso, permitía tocar y ser tocado con las manos, con la piel o con lo que cada uno quisiera, pero sin que nunca fuera posible traspasar del todo aquella barrera. La luz, escasa, permitía a la imaginación engañar a los sentidos.

Miró la hora, nerviosa. Las 21.40 exactas. Revisó la configuración de la sala. Todo estaba bien.

De pronto, una mano sobresalió de un agujero que antes no existía en la pared. Miró a su alrededor una vez más, como si aquello sirviera de algo. Dejó que la mano le palpara el pie desnudo para confirmar que era quien debía ser. Nunca había sentido nada especial en los pies. Otra decepción para su cuarto marido.

Se arremangó la larga falda que llevaba, se bajó las bragas hasta los tobillos y se las quitó; a continuación las depositó con cuidado en la palma de aquella mano anónima. Esta palpó durante unos segundos, cerró el puño y lo sacó del cubículo. Andelain sonrió por unos instantes pensando en que nunca había hecho un intercambio parecido. Le gustaba inventarse nuevos métodos para transferir la información a sus contactos. Entre la tela había escondido varios cristales de información, tan pequeños como granos de azúcar. Codificados en ellos, con un código que había desvelado en el anterior informe, estaban los progresos de los últimos días. De momento no podía decir gran cosa, salvo que estaba en la pista correcta. No había perdido el tiempo, de eso estaría seguro su enlace, que en unas horas seguramente se reiría al leer el próximo lugar y manera de intercambio propuestos.

Aún recordaba la decepción que había sentido al entender que su ex confundía lo carnal con el sexo. Sacó del bolso unas bragas limpias y se las puso con una sonrisa recordando sus juegos de juventud. Tendría que disimular un rato más para evitar despertar cualquier sospecha. Una vieja amargada como ella se suponía que necesitaba un buen rato para satisfacer su soledad. Así que se sentó y recordó la discusión que había comenzado en aquel lugar, cuatro años antes.

Cuando salió ya estaba de mejor humor, pero no lo suficiente para seguir más tiempo en aquel lugar. Fuera de los cubículos de

sexo anónimo, existían otros ambientes más cordiales, donde otros como ella, que preferían dejar la tecnología al margen, buscaban almas gemelas. Pero hacía tiempo que había renunciado a encontrar algo así en un lugar lleno de espejos. Resultaba difícil encontrar un alma cuando uno mismo no tenía.